

# La América de los Virreyes II

En torno al Virreinato de  
Nueva España

CADIZ 1991

V CENTENARIO DEL  
DESCUBRIMIENTO Y EVANGELIZACIÓN DE AMÉRICA

Delegación Diocesana de Cádiz-Ceuta

# **La América de los Virreyes II**

**En torno al Virreinato de  
Nueva España**



V CENTENARIO DEL  
DESCUBRIMIENTO Y EVANGELIZACIÓN DE AMÉRICA

Delegación Diocesana de Cádiz-Ceuta

CADIZ 1991

Foto de portada: Fachada y Cruz de la Iglesia de Cajititlán. (Méjico).

I. S. B. N. 84 - 7786 - 060 - 2

Depósito Legal CA: 504/92

Imprime: Repeto - Cádiz

# **TABLA**

## **0**

### **PRESENTACION**

## **1**

### **FRAY JUNIPERO SERRA, APOSTOL DE CALIFORNIA**

Pedro Borges Morán  
Profesor de Universidad

## **2**

### **HUMANISMO Y LITERATURA EN LA GESTACION DEL VIRREINATO DE NUEVA ESPAÑA**

María Caballero Wangüemert  
Profesora de Universidad

## **3**

### **ORGANIZACION SOCIAL EN EL VIRREINATO DE NUEVA ESPAÑA: REPUBLICA DE ESPAÑOLES Y REPUBLICA DE INDIOS**

M<sup>a</sup> Magdalena Guerrero Cano  
Doctora en Historia de América e Investigadora

## **4**

### **LA AUDIENCIA DE NUEVA GALICIA**

Bibiano Torres Ramírez  
Doctor en Historia de América e Investigador

## **5**

### **LA ARQUITECTURA DEL RENACIMIENTO ESPAÑOL Y SUS REPERCUSIONES EN EL VIRREINATO DE NUEVA ESPAÑA**

Manuel Moreno Puppo  
Profesor de Universidad



## **PRESENTACION**

Este libro recoge los textos de las conferencias del II ciclo sobre "La América de los Virreyes" organizado por la Delegación Diocesana de Cádiz-Ceuta de la Comisión Episcopal para la celebración del V Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América.

El ciclo de este año se dedicó a "En torno al Virreinato de Nueva España" y se celebró en los meses de Octubre-Noviembre de 1991.

En esta ocasión, creemos que debemos recordar al lector que la Comisión Episcopal para el V Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América se creó a raíz de la primera visita a España de S.S. Juan Pablo II quien, en Zaragoza, refiriéndose a esta conmemoración dijo que era "una cita a la que España no podía faltar." De aquí que uno de sus objetivos sea el de recordar los hechos evangelizadores de estos quinientos años, dentro del conjunto de la total obra colonizadora española.

Este segundo ciclo forma parte de un conjunto de tres, proyectado por la Delegación Diocesana de Cádiz-Ceuta, el primero de los cuales se celebró durante los meses de Octubre-Noviembre de 1990 y el tercero, previsto para 1992, que se piensa dedicar al Virreinato de Perú.

Esta publicación se realiza con el patrocinio del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz y de la Diputación Provincial gaditana.



# 1

## **FRAY JUNIPERO SERRA, APOSTOL DE CALIFORNIA**

Pedro Borges Morán







Nacimiento: Nuez de Aliste (Zamora), 5 noviembre 1929.

### **Grados académicos**

Doctor en Filosofía y Letras, sección de Historia de América, por la Universidad Complutense, con la calificación de Sobresaliente cum Laude.

Miembro Correspondiente de la Real Academia Hispano-Americana de Cádiz.

Miembro Correspondiente de la Academy of American Franciscan History de Washington.

### **Actividad investigadora**

1955-57: Investigación en el Museo Británico, Londres, y en la Biblioteca Nacional, París.

1957-1972: Redactor (1957-8), Vicedirector (1958-1961), Secretario de Redacción (1961-7) y director (1967-72) de la revista de investigación histórica "Archivo Ibero-Americano", Madrid.

1968: Becario durante seis meses de la Fundación Fulbright para investigar en Estados Unidos.

1969-1970: Becario de la fundación Juan March.

Desde 1972: Investigador en el Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid.

### **Libros**

— *Métodos misionales en la cristianización de América, SIGLO XVI*, Madrid 1960, 573 págs.

— *Análisis del conquistador espiritual de América*, Sevilla 1961, *Próceres americanos*, 3 ed., Madrid 1974, 189 págs.

— *El envío de misioneros a América durante la época española*, Salamanca 1977, 595 págs.

— *Misión y civilización en América*, Madrid 1988, 296 págs.

— *Quién era Bartolomé de las Casas*, Madrid 1990, 309 págs.

— *Religiosos en Hispanoamérica*, Madrid 1992, 342 págs.

— *Historia de la Iglesia en Hispanoamérica y Filipinas* dos vol., Madrid 1992 (director).

### **Artículos**

Un total de 64 artículos de investigación histórica, que suman cerca de 3.000 páginas.

### **Cometido actual**

Profesor Titular de Historia de América en la Universidad Complutense de Madrid.

# FRAY JUNIPERO SERRA, APOSTOL DE CALIFORNIA

Por Pedro Borges

*La figura del mallorquín fray Junípero Serra, reciente beatificado por Juan Pablo II, es mundialmente conocida por la labor evangelizadora y cultural que realizó en los Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XVIII, más concretamente en la Alta California.*

*Fray Junípero Serra residió en Cádiz, en el convento de San Francisco, durante unos tres meses, desde donde partió para las Indias.*

*Con ocasión de este ciclo, la Comunidad Franciscana y la Delegación Diocesana del V Centenario, descubrieron en el convento de San Francisco una lápida en recuerdo del beato.*

## 1. Fray Junípero Serra, en Cádiz.

Desde 1493, fecha en la que se dirigieron a América los primeros evangelizadores, hasta la independencia de las actuales naciones hispanoamericanas, todos los misioneros que se embarcaron para Indias lo hicieron voluntariamente, previamente seleccionados y formando parte de un grupo, expedición o “misión” (como se decía entonces) que, bajo el mando de un superior, tenían que dirigirse al lugar para el que se habían ofrecido.

Antes del embarque en Sevilla, Sanlúcar de Barrameda o Cádiz, el semanero o funcionario de turno de la Casa de Contratación pasaba

lista o hacía “reseña” de los expedicionarios y consignaba por escrito el nombre y los datos identificadores de cada miembro de la expedición. Esta lista iba encaminada a que ningún otro religioso pudiera sustituir clandestinamente a los previamente seleccionados.

Una de las aproximadamente 1.068 expediciones que, siguiendo este sistema, se embarcaron para América, lo hizo en Cádiz en 1749 con destino al Colegio franciscano de Misiones de San Fernando de México. En ella, y precisamente en el primer lugar de los nuevos misioneros, figura la siguiente partida:

“*Fray Junípero Serra*, sacerdote, natural de Petra, de 31 años, mediano de cuerpo, moreno. poca barba, ojos y pelos negros”.

En otro documento, referente también al embarque, se dice que tenía 35 años (en realidad tenía 36) y que era Lector o Profesor de Teología.

La inserción de fray Junípero en la expedición había sido algo accidentada pues se ofreció para formar parte de ella a última hora; el superior o comisario de la misma lo admitió porque se habían vuelto atrás, por miedo al mar, otros cinco franciscanos seleccionados anteriormente y los documentos que se le enviaron para que pudiera dirigirse a Cádiz se extraviaron, razón por la cual hubo que enviarle otros nuevos. Además, una vez en posesión de estos documentos, tuvo que viajar en un barco inglés hasta Málaga y desde allí en otro español hasta Cádiz.

Aunque la reseña se había hecho el día 15 de julio, los expedicionarios aun seguían en Cádiz el día 4 de agosto, fecha en la que fray Junípero le dirige una carta de despedida, en mallorquín, a su primo el capuchino P. Francisco Serra, en la que le dice:

“Esta va de despedida, pues estamos ya para salir de esta ciudad de Cádiz y embarcarnos para México. El día fijo no lo sé, pero están ya cerrados los baúles de nuestros trastos y se dice que dentro de dos, o a lo más en tres o cuatro días, se hará a la vela el navío, llamado Villasota, en el que hemos de embarcar. Habíamos pensado que fuera más pronto; por esto os escribí que para cerca de San Buenaventura, pero se ha retardado hasta ahora”

Luego, ya desde Veracruz, el 14 de diciembre de 1749 le comunicaría al P. Francisco Serra que el embarque había tenido lugar el día 29 de agosto:

“Embarcamos el día 29 de agosto por la noche y nos hicimos a la vela el 30, sábado”.

## **2. Rasgos biográficos de fray Junípero Serra.**

Fray Junípero Serra, al que en el bautismo se le había impuesto el nombre de Miguel José, había nacido en Petra el 24 de noviembre de 1713, como tercer hijo de un matrimonio de labradores.

En 1731 profesó en la Orden franciscana, momento en el que cambió su nombre de Miguel José por el de Junípero, en memoria del extrafalarario discípulo de San Francisco. A los 24 años, es decir, en 1737, obtuvo por oposición la categoría de Lector o Profesor de Filosofía, materia que comenzó a enseñar en el convento franciscano de Palma de Mallorca. Esta cátedra la cambió en 1743 por la de Teología Escotista en la Universidad Luliana de Palma.

Fue en pleno ejercicio profesoral, cuando decidió ofrecerse para las misiones americanas.

En esta decisión merecen observarse dos detalles. En primer lugar, el de que la tomó a una edad ya algo tardía, pues la media de edad de los expedicionarios solía oscilar entre los 25 y los 30 años y, de hecho, él era el tercero de mayor edad de los 33 franciscanos que componían su misma expedición. Además, tampoco era corriente que un profesor universitario cambiase a sus alumnos por indios sin alfabetizar. La mayoría de los misioneros franciscanos gozaban de una preparación intelectual media, siendo escasos los que se dedicaban al profesorado, si bien en su misma expedición figuró también el P. Rafael Verger, que era asimismo Lector de Filosofía.

Probablemente fueron estas dos circunstancias, la de la edad y la de la preparación intelectual, las que le merecieron ser Presidente de los dos territorios misionales en los que evangelizó.

Todo parece indicar, además, que en esa decisión primó el deseo de sustituir la docencia por la evangelización pues la primera

ya no la volvió a ejercer ni siquiera en el Colegio de San Fernando de México, cuyo carácter de Seminario franciscano requería también la presencia de profesores.

En efecto, una vez en México, de 1750 a 1758 trabajó en la Misión franciscana de Sierra Gorda (desde 1751 como Presidente de la misma), mientras que de 1758 a 1767 se dedicó al apostolado popular desde el mismo Colegio de San Fernando. En el ejercicio de este ministerio recorrería nada menos que 4.400 kilómetros, a pesar de que ya sufría una herida que lo acompañaría hasta su muerte. Este incansable caminar lo repetiría en California, donde llegó a recorrer otros 8.890 kilómetros.

En 1767, cuando se disponía a integrarse en la misión franciscana de San Sabá, entre los comanches de Texas, recibió la orden de dirigirse a la Baja California para sustituir a los jesuitas, que la habían abandonado en virtud del decreto de expulsión de América de la Compañía de Jesús. Ignoramos su reacción personal ante este inesperado cambio de destino, pero él mismo dice en una carta del 17 de octubre de este año que a sus compañeros no le agradó:

“El dolor y pena tan excesivos que la mutación de misiones ha causado a mis compañeros religiosos de ese apostólico Colegio ya lo tendrán vuestras Paternidades entendido por lo que a ese Venerable Dscretorio escribieron en mi ausencia”.

Fray Junípero fue destinado a las misiones de la Baja California en calidad de Presidente, pero tan pronto como en 1769 emprendió viaje a la hasta entonces inexplorada Alta California para ampliar a ella la labor evangelizadora y, al mismo tiempo, obedeciendo consignas políticas, salir al paso de la amenaza que comenzaban a representar los rusos al establecerse en Alaska en 1741.

Dos cosas sobre todas las demás le llamaron la atención a la vista de los indígenas californianos: su desnudez y su amabilidad.

A la desnudez alude en dos pasajes distintos:

“Vide lo que apenas acababa de creer cuando leía o me lo contaban, que /era/ el andar enterísimamente desnudos, como Adán y Eva antes del pecado. Así van y así nos los presentaron y los tratamos largo rato, sin que en todo él, con vernos a todos vestidos, se les conociese la más mínima de rubor de estar de aquella manera”.

“Desnudos son todos los gentiles varones, chicos y grandes, en toda esta tierra, sin la menor excepción, y como su madre les parió, y nada menos, y éstos nos han dado varias veces de que comer, no porque lo necesitáramos, porque gracias a Dios venía con abundancia, aunque el P. Crespi y su expedición se tragarón buenas hambres y llegaron traspillados a este puerto y se les murieron por el camino cinco indios de pura miseria”.

El mismo reconoce, el 10 de febrero de 1770, que en “en tres ocasiones me he considerado y hallado en peligro de muerte de mano de estos pobres gentiles”. A pesar de ello, la idea expresada el 3 de julio de 1769, al decir que los nativos le ofrecían amablemente que comer, la repetirá en otras numerosas ocasiones posteriores, de lo que deducía que sería fácil su evangelización. Así, en 1771 insistía en dos pasajes de una misma carta en la amabilidad de los indígenas y en su buena disposición para el cristianismo:

“La docilidad y mansedumbre de los gentiles convida a ello y, aunque en algunas partes pinten algo broncos, no es cosa de cuidado; y que algo se ha de tolerar por Dios”.

“Los gentiles de acá continúan en la mansedumbre en que los hallamos. En sabiendo la lengua o teniendo intérprete, parece que con el favor de Dios poco habrá que vencer”.

Curiosamente, fray Junípero veía en ello el cumplimiento de una promesa hecha por Dios a San Francisco:

“Y, sobre todo, la promesa hecha por Dios en estos últimos siglos a nuestro Padre San Francisco (como dice la seráfica Madre María de Jesús), de que los gentiles con sólo ver a sus hijos se han de convertir a nuestra santa fe católica, ya me parece que lo veo y palpo, porque si aquí no son ya todos cristianos es, a mi entender, por sólo la falta del idioma”.

Fray Junípero permanecería en la Alta California, en calidad de Presidente de la Misión, hasta su muerte, en la misión de San Carlos de Monterrey o del Carmelo, el 28 de agosto de 1784.

Durante estos diecisiete años fundó nueve misiones en el litoral californiano, a las que después de su muerte se añadieron otras catorce, hasta un total de 23.



Las misiones fundadas por fray Junípero fueron: San Diego (16 de julio de 1769); San Carlos de Monterrey o El Carmelo (3 de junio de 1770); San Antonio de Padua (14 de julio de 1771); San Gabriel de los Temblores (1 de noviembre de 1776); San Francisco (1 de agosto de 1776); Santa Clara (12 de enero de 1777); y San Buenaventura (31 de marzo de 1782).

### **3. Misiones, misioneros y misionados.**

Escribiendo en 1771, cuando solo existían dos misiones aunque era inminente la fundación de otras dos, el superior del Colegio de San Fernando de México, P. Rafael Verger, del que dependían las misiones de California, afirmaba que había que moderar el celo de Serra porque “no ha convenido en manera alguna /a/ este Colegio en fundar de una vez tantas y tales misiones”. Fundamentaba su postura en que “de ningún modo se pueden aprobar tales fundaciones /las proyectadas/ pues para conseguir que tengan realidad es indispensable un gasto muy exorbitante, sacrificar muchas vidas de soldados y marineros, muchos barcos que han de perder en esta demanda”, para tal vez no conseguir nada.

Esta opinión del P. Verger, quien la rectificaría posteriormente, no solo no encontró eco en los organismos oficiales, los cuales seguían apoyando los proyectos de Junípero Serra, sino que éste logró además el objetivo, siempre anhelado por todos pero pocas veces conseguido en los comienzos de la evangelización de un territorio, de poder disponer de dos misioneros como mínimo en cada una de las misiones para la ayuda mutua espiritual, humana y misional.

Así, en 1777 y 1778 en cada una de las ocho misiones entonces existentes había dos franciscanos, sin contar al mismo fray Junípero, quien en calidad de Presidente residía en El Carmelo, ni a otros dos “supernumerarios” destinados circunstancialmente en otras dos misiones. Esta distribución, misionalmente envidiable, había estado superada en 1775, fecha en la que había dieciocho franciscanos para cinco misiones, distribuidos a razón de tres en cuatro misiones y de seis en una, la del Carmelo, y más aun en 1774, en que llegó a haber 23 franciscanos para cinco puestos misionales.

Este éxito hay que atribuirlo, en primer lugar, a las insistentes demandas de personal por parte del propio fray Junípero, y luego a la circunstancia de que éste se vio plenamente secundado por las autoridades civiles. El mismo P. Verger confesaba en 1771 que si el Colegio de Misiones de San Fernando de México había obviado misioneros a California “ha sido por fuerza, porque no podemos resistir al que nos manda con poder absoluto, sin admitir súplica ni réplica”. Por su parte, fray Junípero le agradecía en 1779 a Teodoro de Croix no solo el que se hubiera preocupado por la proyectada fundación de tres misiones y un presidio en el canal de Santa Bárbara, sino el que lo hubiera hecho con más presteza de la que cabía esperar dado su reciente nombramiento de comandante general de California.

Esta abundancia de personal misionero encontraba un inconveniente, humanamente comprensible, por inédito hasta entonces entre las Ordenes religiosas y que no fue del agrado de Junípero Serra. Se trataba de la norma establecida hacia 1776 por el Colegio de San Fernando en virtud de la cual el Presidente de las misiones de California, en este momento el propio fray Junípero, no podía trasladar de lugar a ningún religioso “especialmente estando los dos contentos, unidos y avenidos”, de manera que “sólo podrá ejecutar dicha mudanza cuando alguno de ellos... lo desea y pida”. La norma restringía evidentemente la libertad de acción del superior de las Misiones y mereció una dura crítica de fray Junípero, quien vio en ella un síntoma de relajación y un peligro, si se daba el caso de que dos religiosos se unieran para el mal.

Según el mismo Junípero Serra, la labor misional de estos franciscanos se desarrollaba en el momento más propicio y entre unos indios que para él no merecían más que alabanzas.

Por lo que se refiere a los indígenas californianos, fray Junípero no se cansa de repetir que tenían una “innata mansedumbre y humildad”, que eran “dóciles, amigos y quietos”, o que continuaban “en la mansedumbre en que los hallamos”. Sólo en raras ocasiones se le escapa algún juicio menos favorable, como cuando en 1771 consigna que, “aunque en algunas partes pinten algo broncos, no es cosa de cuidado y que algo se ha de tolerar por Dios”, o cuando en 1780 reconoce que en San Diego, donde los indios habían perpetrado un ataque en 1769 y otro en 1775, con la muerte en esta última ocasión

del franciscano Luis Jaime y del herrero de la misión, se necesitaba más personal “para contener el genio inquieto y malignante de estos naturales, cristianos y gentiles”.

Esta favorable opinión de los indígenas no le impedía actuar con realismo y exigir repetidamente la presencia de la escolta en las misiones o afirmar, como lo hacía en 1779, que “algo tiembla la carne enferma /ante/ la repetición del tránsito de la canal de Santa Bárbara”, pues aunque “verdad es que los pobres gentiles siempre los he hallado harto cariñosos y que el mayor peligro está en que alguna sinrazón de los milites los alborote, como ha sucedido, pero, venga de donde viniere, siempre es peligro y puede reputarse, si no por milagro, por muy especial providencia de Dios cada tránsito por medio de tanta gentilidad sin hostilidad alguna”.

La labor espiritual entre estos indios tan bien dispuestos comenzaba con los niños, como fue costumbre general en toda América. Emocionado, Junípero Serra describía así en 1774 a los que se catequizaban en El Carmelo: “El ver un centenar entre niños y niñas, cuasi de un mismo tamaño, cómo rezan y responden solitos a todas las preguntas de la doctrina cristiana, cómo cantan, van vestidos de manto y sayal rayado, juegan contentos y se pegan al Padre como si siempre lo hubiesen conocido, es espectáculo tierno y muy de alabar a Dios”.

Respecto de las conversiones de adultos, fray Junípero deja constancia de la existencia de dos etapas claramente distintas. La primera, que se extiende de 1769 a 1778, se caracteriza por una cierta lentitud que obedecía a varias causas. En este sentido, en 1774 afirmaba que “siempre van goteando algunos mientras que con la ejecución de las nuevas providencias se suelta el aguacero”. Las causas de esta lentitud las expone en diversas ocasiones. En 1771 la atribuye al desconocimiento del idioma: en El Carmelo -dice- “llevo hechos veinte bautismos y a saber la lengua creo que ya estaría hecho cuasi todo”; mientras que en 1774 esta falta del dominio del idioma ya no es un obstáculo sino más bien una prevención: “los bautismos voy algo difiriendo hasta alguna más satisfacción del idioma en mí y en los intérpretes”. En 1775, en cambio, la lentitud la hace depender de la escasez de los medios de subsistencia: “En cuanto el número de bautizados, de todas partes me han escrito por recelo, de

que no les faltase para mantenerlos y tenerlos bajo campana". Finalmente, en 1777 la atribuye a la resistencia de los indios en el caso de la misión del Carmelo (Monterrey) y a la dificultad en abordarlos en sus parajes en el caso de la de San Antonio.

Esta premeditada política de lentitud, o estas magras perspectivas, reflejadas en el hecho de que hasta 1774, por ejemplo, en las cinco misiones existentes no se hubieran administrado más que 833 bautismos, cambian en 1778, sin que se nos digan las causas. El mismo Junípero afirma eufórico que mientras en 1773 los bautismos no llegaban a un centenar en las primeras cinco misiones fundadas, en el momento en que escribía la carta superaban los 2.600 en las ocho existentes. Este optimismo inicial lo ratifica poco después al decir que "lo espiritual... en todas partes va bien, según me escriben", aunque acota que "van entrando en la red siempre algunos, pero más despacio de lo que quisiéramos". Es un pensamiento idéntico al consignado en 1779: "la conquista espiritual camina prósperamente, gracias a Dios". En 1784 el número de los bautizados en las misiones californianas ascendía a 5.800.

#### **4. Aspecto económico-laboral de las fundaciones.**

Más por necesidad que por ley, en la América española se acostumbró que el misionero fuera, además de padre espiritual, el supremo mentor de los indios en todos los aspectos de la vida. Sin embargo, a comienzos del siglo XVIII se observa la tendencia a recluir a los religiosos en el campo exclusivamente de lo espiritual, arrebatándoles las funciones de índole profana por considerarlas impropias de su ministerio, medida que no compartían los franciscanos. Como decía acertadamente en 1771 el superior del Colegio de Misiones de San Fernando de México, P. Rafael Verger, a pesar de la existencia de cierto ambiente contrario de la corte, "pensar que los indios han de cuidar de comida y vestido para un año, que han de trabajar de su orden para este fin, es pensar que con las manos podremos coger el cielo sin moverlas de la tierra; ponerles españoles que cuiden de todo esto es amontonar comedores asalariados para que se aprovechen y hagan caudal propio del sudor de los indios dejando a éstos pereciendo en lo temporal y espiritual".

Actuando contra esta corriente por autorización expresa de la Corona, las fundaciones juniperianas, además de en centros misionales, se convirtieron en lugares donde los indios se sustentaban comunitariamente y se iniciaban en el arte de la agricultura.

La manutención de los indios californianos presenta la originalidad de que los franciscanos no sólo procuraban el sustento de los neófitos mediante la distribución entre ellos de los frutos que se recogían (que fue la costumbre general de las misiones americanas), sino que eran ellos mismos los que se preocupaban de su comida.

El mismo fray Junípero habla en 1774 de las “más de 200 almas, entre cristianos y catecúmenos, que /en El Carmelo/ tres veces al día comen de nuestra mano... y por ellos tenemos unas sementeras de trigo, maíz, frijol, habas, ajos y una huerta con miles de coles, lechugas y todo género de hortalizas”. O sugiere en 1777 la conveniencia de que “todas las misiones estén proveídas de cazos pozoleros y que no se dé la ración en seco en mucho tiempo porque se gasta mucho más y se come mucho menos o mucho peor, porque muchos no tienen quien se lo muela y otros tienen pereza de hacerlo”.

Esta es la razón de que algunas veces se nos hable de la existencia en las misiones de “un horno de adobes para hacer pan” o de “unas hornillas de adobes para cocina de los indios”.

A esta pitanza solían añadir los españoles que eran padrinos de niños indios el obsequio de tortillas, al que Serra alude en 1777 diciendo que “del real /de Monterrey/ vienen grandes rimeros de tortillas de los padrinos para los ahijados y, aunque aquí se llena tres veces al día el cazo pozolero, no deja de quedarles a estos pobres su rincón donde meter las tortillas de sus padrinos”.

Probablemente, este sistema de manutención, que recuerda la sopa de los conventos españoles, fue solo temporal. Lo más lógico es que, pasado el primer momento, los indios se mantuvieran por sí mismos a base de lo que ellos recogieran, aunque siempre bajo la dirección de los franciscanos, y a base también de los bienes de la misión, siguiendo el sistema general practicado por los misioneros americanos.

Ante la necesidad de mantener a los indios y de introducirlos en el modo de cultivar la tierra para que ellos mismos aprendieran a

mantenerse y se incardinasen en el mundo civilizado, las fundaciones juniperianas aparecen como sendos centros de capacitación agraria, al mismo tiempo que como otras tantas empresas de esta misma índole cada vez más prósperas.

En cuanto a centros de capacitación agraria, el propio Junípero Serra pedía en 1770 “utensilios de casa y herramientas de campo para imponer a los recién bautizados en el laborío de tierras para que por este medio, con los frutos que cogiesen, pudieran mantenerse como gentes y no como pájaros”. Más tarde, en 1774, se vanagloriaba el franciscano mallorquín de que “con el ejemplo de algunos peones que he logrado de los barcos, /los indios/ se van bien aplicando al trabajo con el azadón en la mano, con la barra en los adobes, en la pisca o cosecha de trigo y su acarreo y demás quehaceres a que se les aplica”.

En este mismo sentido, el Reglamento elaborado en 1773 por la Junta de Guerra y Real Hacienda ordenaba que se destinasen a cada misión californiana seis mozos en calidad de sirvientes, a sueldo del real erario y durante cinco años, “así para las obras precisas que se ofrecen como para el laborío de tierras, a fin de que a su ejemplo aprendiesen, se aplicasen y se civilizasen los neófitos”.

El consejo estuvo muy lejos de caer en el vacío.

Junípero Serra, cuya correspondencia versa, sorprendentemente, más sobre el aspecto económico de las misiones que sobre sus facetas espirituales, comenzó preocupándose porque en sus fundaciones hubiera quien trabajara la tierra, bien fueran soldados, peones o indios procedentes de la Baja California. Procuró asimismo que las misiones dispusiesen de herreros, carpinteros, etc. Y, por supuesto, de los mil y un utensilios que se necesitaban para el trabajo: hachas, azuelas, azadones, tijeras, cuchillos, espuelas, frenos, mazos, palas, martillos, clavos, tachuelas, etc. etc., como tampoco de las cabezas de ganado que proporcionasen carne, de las que hacia 1772, por ejemplo, recibieron cada una de las cinco misiones existentes nueve vacas de vientre y un toro semental, dos becerros grandecitos y seis crías pequeñas.

Fray Junípero resumía en 1773 el estado económico de estas cinco misiones diciendo que, “en general, todas tienen sus estacadas,

sus pobres edificios, sus principios de siembra, todo poco, y esto poco hecho con buenos trabajos”.

Esto poco se había convertido en 1784, fecha de la muerte del franciscano, en un total, entre las nueve misiones que dejó fundadas, de 5.384 cabezas de ganado vacuno, mular y asnal,; 5.629 de ganado lanar; y 4.294 de ganado caprino y de cerda. La agricultura, por su parte, producía 15.800 fanegas de trigo, maíz, cebada "y han tenido no sólo para mantenerse por sí las misiones sino que les sobró para proveer a tropa”.

A la obtención de esta prosperidad económica, no exclusiva de las misiones californianas, contribuyeron fray Junípero con sus dotes de organizador y sus compañeros franciscanos con el trabajo propio, la generosidad de las autoridades virreinales y la benignidad del clima californiano, de carácter mediterráneo.

## **5. El éxito de las fundaciones juniperianas.**

Las fundaciones juniperianas gozan de una celebridad especial dentro del conjunto de las misiones americanas, celebridad que comparten en cierto sentido con las reducciones jesuíticas del Paraguay, aunque por motivos distintos. La de las misiones de California dimana sobre todo de que fueron el germen del actual estado norteamericano de ese mismo nombre, el cual es en algunos aspectos el más importante de la Unión. Desde este punto de vista han tenido una suerte extraordinaria, porque también los estados de Arizona, Nuevo México, Texas, Florida y Alabama encuentran su raíz en las misiones españolas sin que hayan llegado a adquirir la notoriedad de las californianas. Esta diferencia de trato obedece a que las de California lograron una gran prosperidad, no alcanzada por las restantes o no obtenida sino en un momento más bien tardío, y a que al mismo tiempo contaron con una figura tan descolante como la de fray Junípero Serra, de la que carecieron las demás.

La razón de su éxito, tanto desde el punto de vista de su magnitud como del de su rapidez radica indudablemente en la personalidad de fray Junípero, verdadero motor oficial y real de la empresa californiana, la cual gira constantemente en su derredor y siempre empujada por él.

Desde este punto de vista, y aparte su santidad personal, lo que más sobresale en fray Junípero son sus dotes de *organizador*, en cuya virtud supo proyectar acertadamente desde el primer momento el enfoque de la empresa misionero-civilizadora, ubicar geográficamente sus fundaciones, distribuir el personal, montar el sistema de auxilio mutuo de las misiones y organizar su aprovisionamiento.

Junto con esta descollante cualidad tuvo también el acierto de saberse hacer estimar por las autoridades virreinales y de establecer con ellas una fructuosísima colaboración mutua. Esta colaboración le impuso la servidumbre de tener que contar y depender de ellas para la fundación de las misiones, tanto desde el punto de vista jurídico como del económico, pero a su vez le reportó el inestimable beneficio de que esas autoridades (virrey Antonio María Bucareli y Ursúa, José de Gálvez, Teodoro de Croix) se volcasen en sus proyectos como si fueran propios y le surtieran de personal (recuérdese la queja del P. Vergel), de escolta y de medios materiales para la consecución de sus objetivos, casi siempre coincidentes entre sí.

Cabe destacar además su agudo sentido de la realidad y de la previsión. En virtud del primero, fray Junípero se dio cuenta perfecta de que un castillo espiritual edificado en el aire se hubiera derrumbado, razón por la cual le concede tanta importancia al aspecto material o económico de sus fundaciones que llega hasta producir la impresión de que éste le interesa tanto o más que el propiamente misional. En virtud del segundo, jamás se arriesga a establecer una fundación sin asegurarse antes de la factibilidad y de sus posibilidades de éxito (utensilios sagrados, víveres, aperos de labranza, escolta, estudio previo de las condiciones del paraje).

Finalmente, sobresale también en él un incansable espíritu de trabajo, hasta el punto de que su pierna gravemente llagada no le impidiera moverse de una misión a otra, e incluso viajar a México en 1772, para solucionar personalmente los problemas pendientes.

Con estas cinco cualidades fundamentales supo hacer de las misiones californianas, no un campo enteramente original, porque después de casi trescientos años de acción misional americana era prácticamente imposible inventar nada fundamental, pero sí una parcela misionera cuyos matices, tomados en conjunto, le imprimen al sistema misional juniperiano unas características propias que lo distinguen perfectamente de las restantes misiones americanas.





## NOTA BIBLIOGRAFICA:

- O. ENGELBERT, *Fray Junípero Serra, el último de los conquistadores* (México 1957).
- M. GEIGER, *The Life and Times of Junípero Serra, OFM* (Washington 1959).- Es la mejor biografía de fray Junípero y cuenta con traducción al castellano.
- M. GUTIERREZ, *Fray Junípero Serra* (Caracas 1985).
- R. MAJO FRAMIS, *Vida y hechos de fray Junípero Serra* (Madrid 1956).
- E. OLTRA, *Vida de fray Junípero narrada para el hombre de hoy* (Valencia 1988).
- F. PALOU, *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del Venerable Padre Fray Junípero Serra* (México 1787).- Biografía clásica de fray Junípero, editada varias veces con diferentes títulos, por haber sido el autor compañero del franciscano mallorquín.
- A. TIBESAR, *Writings of Junípero Serra*, 4 vol. (Washington 1955). - Texto castellano y traducción al inglés.
- S. VICEDO, *Escritos de fray Junípero Serra*, 5 vol. (Palma de Mallorca 1984).
- A. XAVER, *Junípero Serra. Su incógnita. Su siglo* (Barcelona 1986).



# 2

## **HUMANISMO Y LITERATURA EN LA GESTACION DEL VIRREINATO DE NUEVA ESPAÑA**

María Caballero Wangüemert





María M. Caballero Wangüemert es Profesor Titular de Literatura Hispanoamericana en la Facultad de Filología de la Universidad de Sevilla desde 1986. Ha sido Becaria de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia durante los años 77-78 y Profesor Ayudante y Encargado de Curso desde entonces hasta 1986. Accedió por oposición al Cuerpo de Profesores Agregados de Bachillerato en Septiembre del 78. Su actividad docente en el Departamento de Filologías Integradas (Literatura Hispanoamericana) se compagina con la dedicación investigadora de la que son hitos su libro: *La narrativa de René Marqués*. Madrid, Playor, 1986; y más de 20 artículos publicados en revistas especializadas de España y el extranjero. Actualmente tiene en prensa una edición crítica de *Recuerdos de provincia*, del argentino Sarmiento. Miembro de AHILA, de la Asociación de Americanistas Españoles, del CELCIRP y del IILI, ha realizado estancias breves en Alemania (Mainz) y Francia (Paris), destinadas a la investigación.



# HUMANISMO Y LITERATURA EN LA GESTACION DEL VIRREINATO DE NUEVA ESPAÑA

Por María M. Caballero Wangüemert

*A partir de la conquista de México en 1521 se comienza a organizar una nueva sociedad mestiza, en que los fundamentos culturales se importan de España, adaptándose a la geografía y al sustrato indígena. Surge así el virreinato de Nueva España en cuya gestación desempeñarán un papel fundamental las órdenes religiosas. Las polémicas sobre el indio pondrán sobre el tapete la legitimidad de la conquista, al afrontar críticamente la actuación del gobierno hispano. Europa inventa América y proyecta sobre ella sus anhelos utópicos: las pautas de la iglesia primitiva y la lectura de Moro, así como los libros de caballerías de los que se había nutrido la mente medieval del conquistador, se plasman en la realidad del virreinato. Poco a poco se constituirá una corte literaria que alcanzará su máximo esplendor en el Barroco.*

El 13 de Agosto de 1521 cayó Tenochtitlán cuando los españoles tomaron prisionero al joven emperador Cuahtemoc e inmediatamente, a principios de 1522, Hernán Cortés proyectó sobre sus ruinas la que sería capital de Nueva España, la ciudad de México. Terminaba así un breve periodo, el de la conquista, que se había iniciado en Febrero de 1519 cuando Cortés se hizo a la vela desde Cuba y por encargo de Diego Velázquez, para descubrir nuevas



tierras... Las cinco *Cartas de relación* enviadas a los reyes -Doña Juana y su hijo Carlos V- recogen el relato final de sus victorias tejido por los celos e intrigas, las escaramuzas y alternativas de una empresa gigantesca, que se sazonó con las pequeñeces y miserias de unos hombres de mentalidad medieval. Las cartas, escritas de 1519 a 1526, dan cuenta de una inmensa geografía recorrida por valles fértiles, ríos inmensos, cordilleras y volcanes... y recogen la primera visión deslumbrada de la civilización azteca cuajada de grandeza, de “extrañas y maravillosas cosas” que “bien sé -dice Cortés- que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos, no las podemos con el entendimiento comprender”. La magnificencia de la ciudad indígena con sus templos, pirámides, mercados... la calzada de Tacuba y el ordenamiento urbano no serán sino el precedente de la nueva ciudad hispana, cuya traza fue dibujada por Alonso García Bravo.

Epopeya heroica, hazañas de un gran hombre que se había comenzado a formar en Salamanca en el incipiente humanismo. Tal vez por ello, la epístola latina es el modelo de escritura de esta relación al emperador, destinada a resaltar las gestas de un gran hombre, el propio capitán Cortés, que volvió a México en 1530 y desde su retiro de Cuernavaca emprendió múltiples tentativas para descubrir el mar del sur; hasta que en 1541 regresó a España donde moriría en su palacio de Castilleja de la Cuesta en el 47. Su hazaña, que le convierte en espejo de conquistadores, será cantada por los poetas americanos del siglo XVI: *Nuevo Mundo y Conquista*, de Francisco de Terrazas; *Carlo Famoso*, de Luis de Zapata; *El Peregrino Indiano*, de Antonio Saavedra y Guzmán; y el *Cortés valeroso*, de Gabriel Lobo Lasso de la Vega. Una hazaña que se apoyó en los hombres del montón. Precisamente a exaltar la callada labor de la colectividad se dedica Bernal Díaz del Castillo, soldado de a pie que acompañó siempre a Cortés y le fue fiel al levantarse contra Velázquez, avanzar sobre Tenochtitlán, retroceder por los puentes de Tacuba y retirarse en la noche triste. En 1538 había vuelto a España buscando la encomienda como reconocimiento a sus méritos; y desde 1551 asentado en Guatemala y felizmente casado, se dedica a evocar la epopeya de la conquista terminando su *Verdadera historia* antes del 84. Conoce las crónicas de López de Gómara, Illescas y Jovio sobre el mismo tema; y se propone corregirlas o completarlas desde su

admiración a Cortes, desde luego, pero decidido a valorar a esos hombres oscuros que sin una brillante historia personal han hecho la Historia -con mayúsculas-. El es testigo de vista y parte de ese colectivo: su deseo de veracidad y la sencillez de su habla tejida de americanismos, son el vehículo para transformar en vida los libros de caballerías de los que se nutría la mente medieval del conquistador (como ha demostrado tan brillantemente Irving Leonard en *Los libros del conquistador*. México, FCE, 1953). Por eso, el término de cualquier comparación es siempre la vieja realidad española; y las lecturas fantásticas que se realizaron allí servirán de punto de referencia para explicar al lejano español cómo es este Nuevo Mundo en que ficción y realidad se entretejen. Por ello dirá: “Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firma otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a Méjico, nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cues y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto, y aún algunos de nuestros soldados decían que si aquello que vían, si era entre sueños, y no es de maravillar que yo lo escriba aquí desta manera porque hay mucho que ponderar en ello que no se como lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni vistas, ni soñadas, como víamos”. *La maravilla de América*, apoyada en los tópicos que acuñó Colón en su carta -la naturaleza feraz y el indio, buen salvaje- están en el origen de la literatura del Nuevo Mundo y también en el origen literario de ese nuevo virreinato de Nueva España que se crea en 1535, con jurisdicción sobre Norte y Centroamérica (hasta Panamá).

Si Hernán Cortés había sido “espejo de conquistadores”, su hijo Martín se convirtió en modelo de criollos encomenderos y de una nueva sociedad que a lo largo del siglo XVI y, sobre todo en su segunda mitad, se va constituyendo a partir de un interesantísimo proceso de colonización en que se pretende integrar a los indígenas y educar a los criollos, es decir, a los descendientes de españoles que ya nacieron en América. Este largo proceso no se realiza sin una auténtica revolución de las mentes europeas, afectadas por el impacto del descubrimiento americano. Un descubrimiento que derrumbó las concepciones en que se asentaba la mentalidad religiosa de los hombres medievales. La tradición cristiana enjuiciaba al hombre de

acuerdo con su capacidad para recibir la gracia divina; mientras que la tradición clásica lo situaba de acuerdo a su capacidad de raciocinio. Ambos asuntos -la racionalidad y la capacidad para la infusión divina- se sometieron a discusión. La polémica sobre el indio, desencadenada con la denuncia que Fray Antón de Montesinos hiciera en su famoso sermón de 1511, en la que se planteaba que los indios eran hombres con todos los derechos de los seres racionales; esa polémica estaba en pleno auge cuando Cortés llegó a México y se fue intensificando hasta el punto de que Paulo III se vio obligado a promulgar la bula *Unigenitus Deus*, el 2 de Junio de 1537, según la cual se consideraba a los indios hijos de Dios y capaces de recibir la fe, al ser auténticos hombres. Era la culminación de una actitud que también fue norma de la corona de Castilla. En 1523 Carlos V indicó a Cortés que se abstuviese de intimar a los indígenas a fin de que recibiesen el cristianismo. A pesar de que ellos, como el resto de los hombres, estaban incluidos en los planes providenciales de Dios, no debían ser coaccionados ni mucho menos explotados. La realidad del indígena, sin embargo, impulsa a la Audiencia de México en 1532 a advertir que “los indios eran tan belicosos que se hacía muy necesario que sintieran las fuerzas del brazo real, no sólo para la seguridad de los españoles de aquellos reinos, sino también para que los indios pudieran ser adoctrinados en la fe. Estas dos tendencias -libertad total y coacción para evangelizar- se encuentran en las figuras de Fray Bartolomé de las Casas y Fray Toribio de Benavente, llamado Motolinía.

La excepcional importancia del tema atrajo la atención de los pensadores europeos; y fueron Vitoria y su discípulo Soto quienes con brillantez solventaron la subsiguiente polémica al concluir que “los cristianos tienen derecho de predicar y de anunciar el Evangelio en las provincias de los bárbaros; es más aún, tienen el deber de hacerlo, si bien con argumentos probables y racionales y con el ejemplo de una vida digna... La guerra no es argumento para lograr una conversión que pertenece al ámbito interno de cada cual”. En el fondo, tras la polémica de “la guerra justa”, se escondía el tema de la dignidad y situación jurídica del indio arduamente controvertido por Sepúlveda -apoyándose en Aristóteles y su doctrina de la subordinación de lo imperfecto a lo perfecto- justificaba la dominación del indígena; y utilizado como bandera por Las Casas, apasionado campeón de los

derechos de los indígenas que logró “suavizar” las *Leyes de Indias* de 1542. El punto álgido de la contienda tuvo lugar en Valladolid, entre 1550 y 1551. Lo curioso es que Las Casas nunca se decidió a negar abiertamente las tesis de Aristóteles y aceptó que hay hombres -muy pocos numéricamente- que han nacido para ser esclavos por su escasa capacidad racional. Pero en el terreno de los hechos, Las Casas vence a Sepúlveda; y más allá del apasionamiento con que, en ocasiones, deforma la realidad en su *Brevísima relación de la destrucción de Indias* (1552) reunió un copiosísimo material para su *Apologética Historia de las Indias* (escrita en la década del 50) destinada a idealizar a ese “buen salvaje” en algunos aspectos superior a griegos y romanos... Sin su exaltación que le lleva a deformaciones exageradas, lo cierto es que la mayoría de los teólogos españoles -Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Luis Molina, Domingo Báñez y Francisco Suárez- rechazaron la teoría de la servidumbre natural, afirmando que la superioridad intelectual de los españoles en absoluto les daba derecho a dominar a los indios... Por primera vez en la historia de la humanidad, un país con su gobierno a la cabeza afrontó críticamente su actuación e incluso el vocablo “conquista” fue suprimido del vocabulario, sustituyéndose a partir de las *Ordenanzas de Ovando* (1573) por el de la “pacificación”. (Los principales textos de la contienda están reunidos hoy en un accesible volumen de Alianza bajo el título *Idea y querella de la Nueva España*. Madrid, 1973).

Si me he detenido a sintetizar brevemente algo muy conocido, es porque el humanismo en el Nuevo Mundo no tiene nada que ver con “un dómine enjuto de carnes y de mollera, fosilizado en la árida disección de lenguas muertas, momificado en la adoración de la antigüedad, preso como una araña en la tupida red de las minucias gramaticales y de las figuras, acartonado y estéril como todo lo que huye del sol y del libre juego de la vida innumerable”... (dice Méndez Plancarte en la p. VII de la introducción a su libro *Humanistas del siglo XVIII*, México, UNAM, 1941). Y continúa: “El humanista auténtico es el hombre que, mediante la asimilación de los más altos valores de la humanidad precristiana y su síntesis vital con los valores supremos del cristianismo, llega a realizar en sí un tipo superior de *hombre* en el que la esencia humana logra florecimiento y plenitud” (p. VIII). Salvando las distancias, no otra cosa son esa legión de misioneros, a quienes la

similitud de situación con la Iglesia primitiva -los religiosos era apóstoles y los indios, gentiles que debían ser convertidos- indujo a experiencias singulares. Es bien sabido que, tras el impacto del descubrimiento, Europa “inventa América (en palabras de O’Gorman: *La invención de América*. México, FCE, 1977, 2ª ed.), es decir, le traspasa sus vivencias, ideologías y cosmovisión; pretende hacer un mundo a su imagen y semejanza. Pero también proyecta en él sus cambios utópicos; y no en vano la *Utopía* de Tomás Moro que inicia el género y es su paradigma, puede situarse en alguna parte del Nuevo Mundo recién descubierto. El sentimiento de insatisfacción de la cristiandad del XV le hacía desear el retorno a un paraíso perdido o a la Edad de Oro de los antepasados. En los informes de Colón y Américo Vespuccio se insistía en la inocencia de los naturales y en la fertilidad de la tierra; cualidades todas ellas tan envidiables para la Europa del Renacimiento y que provocaron la rápida respuesta de religiosos y humanistas. Restablecer una iglesia primitiva en un mundo nuevo no contaminado por los vicios europeos y encontrar ese paraíso fueron los ideales que permitieron intensificar la antítesis inocencia americana/corrupción europea (según ha estudiado magníficamente John Elliott en su libro *El viejo mundo y el nuevo (1492-1650)*. Madrid, Alianza, 1972).

Por otra parte, la veneración por la antigüedad grecolatina, propia de los humanistas, hizo conscientes a los europeos occidentales de la existencia de civilizaciones superiores a la suya; lo que les ayudó, de rechazo, a comprender al indio, esa civilización “inferior”. El deseo de profundizar en la comprensión del pensamiento y las formas de vida indígenas impulsó el estudio de las lenguas vernáculas y estimuló importantes y ambiciosos trabajos sobre la historia, religión, y sociedad prehispánicas: Motolinía escribió las *Memoriales* y la *Historia de los Indios de la Nueva España*; Sahagún, la *Historia General de las cosas de la Nueva España*; el dominico Fray Diego Durán, la *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*; el jesuita José de Acosta, la *Historia Natural y Moral de las Indias...* en la que ya se pretende una comprensión global de la nueva civilización... Utopía, pues, que se plasma en resultados literarios y antropológicos memorables. Los religiosos se habían instalado en el continente tiempo atrás; cinco años después del desembarco de Cortés en Veracruz, llegaron los “doce apóstoles”

franciscanos, entre los que estaba Motolinía. En 1526 se establecieron los dominicos en torno a ciudad de México, Oaxaca y Puebla. Los agustinos desembarcaron en 1533 y se dirigieron a Michoacán y el altiplano. Por su parte los jesuitas, si bien llegaron mucho más tarde, en 1572, dejaron una impronta indeleble en la educación de las elites y en las misiones de California y Paraguay. Los misioneros, no sólo aportan una nueva religión sino todo un nuevo ciclo cultural, en el que sobresale la introducción de la imprenta por el obispo Zumárraga en 1533 y la fundación de colegios y universidades: Santa Cruz de Tlatelolco (1536), el colegio de San Juan de Letrán para niños mestizos; Tiripitío (1540), fundamentalmente dirigido a criollos; o el seminario jesuita de San Ildefonso... En el primero se formaron latinistas, retóricos, historiadores, traductores, amanuenses y excelentes tipógrafos... Los agustinos admitieron en sus colegios a todos aquellos que lo solicitaron sin distinguir entre españoles e indios, hijos de caciques o plebeyos. Los jesuitas fundaron en 1584 el seminario de San Martín de Tepotzotlán, del que procede la selecta minoría de indios cultos entre los que se cuenta D. Fernando de Alva Ixtlixóchitl. Andando el tiempo, los celos de unos y el temor de que una instrucción más profunda les permitiera asumir cargos de mayor responsabilidad en el gobierno de la colonia, hicieron suspender momentáneamente a los jesuitas la obra cultural con los indios en Pátzcuaro, Puebla y San Gregorio de México.

¿Hasta qué punto puede calificarse como “humanistas” a los misioneros españoles que llegaron al virreinato de Nueva España a partir de la conquista? Muchos se movieron por un sentido humanitario de la vida, estrechamente ligado al espíritu cristiano de la caridad. El humanismo español tiende a vincularse a la necesidad de una reforma interior de la Iglesia, a un deseo de vivir la vida cristiana, más que interpretarlo de modo abstracto. Las Indias se convirtieron en un auténtico laboratorio experimental; el dominico Las Casas llevó a cabo varios proyectos, desde el asentamiento de setenta labradores españoles de diversas poblaciones de Castilla en Tierra Firme (Venezuela), tierra idílica donde podrían plasmarse los sueños utópicos; hasta un experimento de evangelización pacífica, de 1537 a 1550, en Vera Paz (Guatemala) que terminó con la sublevación de los indios... Vasco de Quiroga, jurista educado en Salamanca, cristiano viejo y hombre con incipientes ideas renacentistas, planteó desde el

obispado que los indios tenían un alma “naturaliter christiana”. La pauta de la iglesia primitiva y la lectura de Tomás Moro están detrás de su deseo de no realizar un mero trasplante de las instituciones, costumbres y normas del Viejo Mundo, sino superarlas en una convivencia paradisíaca; porque la “novedad psicológica” americana, exige una remodelación -dirá en su *Información en Derecho*-. Para ello fundó sus hospitales-pueblo centrados sobre todo en Michoacán, de donde fue obispo a partir de 1537. (Silvio Zavala ha estudiado comparativamente la *Utopía* de Moro y las *Ordenanzas* de Quiroga en su libro *El mundo americano en la época colonial*. México, Porrúa, 1967, 2 vols; el resultado es interesantísimo).

En el caso de Fray Juan de Zumárraga -que vivió en México de 1528 a 1548, introdujo la imprenta, fundó la universidad y compuso una *Doctrina breve* (1543-44)- es indudable el influjo de alguna de las facetas de Erasmo de Rotterdam, cuyos libros había conocido en España (Erasmo tuvo aquí un polémico pero notorio éxito, como ha demostrado Marcel Bataillon en su libro *Erasmo y España*, traducido por Alatorre para FCE). Las *Paráfrasis* del Nuevo Testamento y de los Salmos; y el *Enquiridión* -exposición íntima de la Philosophia Cristi, cuya versión española salió en 1526- apuntalaban una espiritualidad difícilmente compatible con la ortodoxia cristiana. De hecho, en las Juntas de Valladolid del 27 se desató contra él una grave polémica y en 1544, la Sorbona prohibió el *Enquiridión*. Finalmente, Paulo IV censuró casi toda su obra en el 59.

Humanismo, en este sentido, es una manera de ver la religión cristiana ligada al cardenal Cisneros, a Lorenzo Valla, al mismo Erasmo, a un Luis Vives o a la mayoría de los grandes teólogos españoles del XVI. La intensidad del fenómeno en el núcleo fundacional de Nueva España supera ampliamente la bizantina discusión sobre la preeminencia de medievalismo o renacimiento en la cultura desarrollada durante la primera mitad del siglo. Las crónicas de Indias -primera literatura del Nuevo Mundo- están escritas por hombres de mentalidad medieval que al contacto con la nueva realidad americana van transformando sus clichés previos. Por otra parte, la estabilización de su sociedad es paralela cronológicamente a la difusión del Renacimiento europeo. Hay que observar que ni aún quienes están imbuidos de ideas renacentistas, como Vasco de

Quiroga o Cervantes de Salazar, viven a fondo la gran peripecia del Renacimiento tal y como se desarrollaba en Europa; porque su propio “renacimiento” es la gigantesca tarea de conquistar primero e incorporar después a la cultura todo un mundo.

Pese a todo, la afición renacentista por los estudios clásicos terminó llegando a América: la poesía latina de Cristóbal de Cabrera, Cervantes de Salazar o Pedro de Flores, es un factor significativo del clima renacentista de la corte virreinal a partir de su estabilización. Las huellas de autores grecolatinos -Virgilio en Terrazas, Balbuena, Villagrà o Saavedra; Horacio, Ovidio y Lucano en Balbuena...- se equilibran con las fuentes bíblicas y las italianas de Petrarca, Ariosto y Sannazaro. Todo ello llega al nuevo continente a través de la metrópoli española, que salía de la veta medieval de los cancioneros y del prerrenacimiento del Marqués de Santillana, Ayala y Mena; y brillaba con singular esplendor en el umbral de sus Siglos de Oro con Garcilaso, Herrera, Ercilla, Fray Luis de León, Lope de Vega y Góngora. Evidentemente los americanos copian a sus descubridores: la metrópoli exporta la cultura y la literatura hacia sus colonias; pero hay un sello “americano”, si no en la teoría estética, sí al menos en las alusiones locales y costumbristas, en la savia y aires nuevos de sus temas históricos o descriptivos y en algunos mexicanismos y rasgos del naciente carácter criollo que “se van colando”. No lo hay en la temática paisajista porque el descubrimiento del paisaje es un fenómeno romántico; en el renacimiento sigue los tópicos y clichés establecidos por la tradición grecolatina (como ha estudiado Curtius en su *Literatura Europea y Edad Media Latina*. México, FCE, 1955 (e.o. 1948). Sólo las crónicas, por su funcionalidad descriptiva y su destinatario español escaparon a esta normativa, volviendo los ojos a la geografía americana.

Esta incipiente corte poética virreinal, que volvía los ojos a España, se benefició con los viajes de algunos escritores que pasan al Nuevo Mundo atraídos por su novedad, iniciando así una fecunda relación entre ambas orillas del Atlántico que llega hasta nuestros días. Se sabe que Cervantes solicitó en 1590 el paso a Indias, que no le fue concedido. En su *Canto de Caliope* y en el *Viaje al Parnaso* -cantos laudatorios- hay una proporción del 16% de poetas hispanoamericanos, lo que da fe de la proliferación y categoría de los



líricos. Lope de Vega en *El Laurel de Apolo* llegó a consagrar, años después, hasta quince poetas de las nuevas regiones descubiertas... El sevillano Gutierre de Cetina vino en 1546 a Puebla y se estableció aquí, muriendo en México (1577). En sus versos no hay memoria de América pero es evidente el influjo de su famoso epigrama *Ojos claros, serenos...* en la escuela que sembró. El sevillano Diego Mexía, feliz traductor de las *Heroidas* de Ovidio publicó aquí, aunque la edición definitiva de su *Parnaso Antártico de obras amatorias* fue realizada en Sevilla (1608). Juan de la Cueva, poeta y dramaturgo, vivió en México entre el 74 y 77. El madrileño Eugenio de Salazar y Alarcón vino en el 81 y permaneció hasta el 98. Sus *Cartas*, su *Epístola* al magnífico Herrera sobre la cultura de México y su ovidiana descripción de su laguna le sitúan como precedente de Balbuena, por los toques descriptivos vinculados al paisaje americano y el elogio de los conquistadores.

Entre estos vínculos con la península merece destacarse las *Flores de varia poesía*, recopilación de 1577 realizada en México, con más de trescientos poemas repartidos entre españoles de la escuela sevillana -Herrera, Cetina, Altazar, Cueva...- y varios criollos -Terrazas, Carlos de Sámano e incluso Martín Cortés, el hijo del conquistador-. La edición crítica de Margarita Peña en la UNAM, 1980, ha permitido calibrar la pujanza poética del nuevo virreinato.

En cuanto a los poetas íntegramente novohispanos, Francisco de Terrazas hijo del conquistador homónimo, es conocido por una respuesta al dramaturgo González de Eslava, una epístola y nueve sonetos -entre ellos, el archipopular *Dejad las hebras de oro*, exquisita joya del petrarquismo que imita e incluso supera a Camoens... Su poema *Conquista y Nuevo Mundo*, aunque incompleto, avala su calidad épica. Clasicismo, armonía, ideal heroico... vertido en octavas, sonetos, tercetos y décimas hablan no del valor excepcional pero sí de la dignidad de toda una generación de criollos versificadores, cuyo ciclo cortesano preside Terrazas. El espectacular cultivo de la poesía que Eslava hiperbolizó con su famoso dicho: "En México hay más poetas que estiércol", se hace patente en la institucionalización de certámenes. Cualquier fecha, nacimiento, triunfo en las armas y, por supuesto, la llegada de un nuevo virrey era ocasión apropiada para montar un arco alegórico y celebrar un certamen poético. En el boato

de la fiesta, la espectacularidad barroca supondrá la culminación de esta tendencia. Los certámenes del Corpus (1585) y las Justas del 86 y del 90... reunieron a más de trescientos ingenios de variada calidad. (Muchos de sus versos están hoy recogidos en los excelentes estudios de Méndez Plancarte, quien ha reunido en tres volúmenes a los *Poetas novohispanos. Primer siglo (1521-1621)*. México, UNAM, 1944). Andando el tiempo, gente como Sigüenza y Góngora dará fe en su *Triunfo parténico* (1693) de la proliferación y calidad poética que alcanzó en el Barroco esta acusada tendencia. En este marco podrá situarse una figura excepcional de la lírica mexicana del XVII, Sor Juana Inés de la Cruz, que desde su óptica femenina dejó un fehaciente testimonio de la aspiración al conocimiento; y de una versatilidad poética que le permitió recorrer desde el poema conceptista más complejo hasta los villancicos populares, pasando por toda una poesía de circunstancias que no desmerecen del mejor Góngora (como ha demostrado Octavio Paz en su estudio publicado en Seix de Barcelona).

Más allá del incipiente teatro humanista, del teatro misionero con sentido evangelizador, de una prosa criolla en la que habría que señalar a Dorantes de Carranza y Suárez de Peralta; de una todavía mínima poesía social de la que es muestra el famoso soneto anónimo -aunque cercano al verbo de Mateo de Oquendo que también vivió durante unos años en México-, soneto que se abre con el verso: "Viene de España por la mar salobre"... y que plantea el futuro resquemor de los criollos ante las prebendas de los peninsulares... me gustaría terminar esta charla con dos poetas: Cervantes de Salazar y Bernardo de Balbuena que son hito importante por la calidad de su obra, en la cultura novohispana del XVI. Cervantes de Salazar, humanista español discípulo de Vives, inauguró los estudios de la recién creada universidad en 1553. Con renombre de buen latinista, llega a México llamado por su pariente D. Alonso de Villaseca. Había estudiado en Salamanca y Toledo y, como discípulo de Vives, traducido alguno de sus diálogos. No utilizó este género para hacer crítica social ni introducir innovaciones teológicas, políticas o literarias, como era habitual en el Renacimiento. Su humanismo es ortodoxo, de tono moralizador; divaga sobre la condición humana y aconseja conformarse con su suerte. En las *Exercitationes linguae latinae* Vives había reunido en 25 diálogos, las voces latinas más usadas y

expuesto sus principios pedagógicos, según el camino abierto por Erasmo en sus *Colloquia familiaria*. Cervantes de Salazar recurrió a las *Exercitaciones* para la enseñanza del latín y compuso siete diálogos más para emularle. De ellos, cuatro están dedicados a juegos de la época y carecen de interés para nuestro tema; pero los tres últimos, escritos en México y publicados en 1554, son una excelente descripción de la capital del virreinato en su tiempo; la universidad, institución de la que se siente orgulloso, la ciudad, recorrida pormenorizadamente y descrita con la vanidad de sus primeros moradores europeos que son conscientes de su gesta; y sus alrededores, con los que se descubre como gran admirador de la naturaleza. Las numerosas citas de Aristóteles, Varrón, Marcio, Persio, Cicerón, Virgilio y Terencio dan fe de su cosmovisión humanista. En cuanto a sus intenciones y a su deseo de pasar a la posteridad tratará de justificarse años después en el capítulo XXIV de su *Crónica de Nueva España*.

Bernardo de Balbuena es también español pero dedica su vida a América, en México y Puerto Rico. Educado en el Renacimiento, su poesía es considerada manierista e incluso, en algunos casos, francamente barroca por la profusión de adorno con que se recubre la clara estructura del concepto. Pasó al virreinato de Nueva España en 1585, participando con éxito en los certámenes del 85 al 90; se hizo sacerdote y en su retiro terminó una novela pastoril iniciada en los años de estudiante que lleva por título *El Siglo de Oro en las selvas de Erífyle* y compuso un interesante poema épico, *El Bernardo*. Entre 1602 y 1603 redacta *Grandeza mexicana*, larga epístola en loor de la ciudad que se publicaría en 1604. Se inscribe en una tradición gloriosa en que honrar a México es honrarse a sí mismo. Pretende mostrar las grandezas de la ciudad que ama y que había tenido un esplendoroso crecimiento en el último cuarto de siglo. La obra se inserta en la tradición española de Guevara, desarrollando el tópico de “alabanza de corte y menosprecio de aldea”. Evidentemente se apoya en Cortés, Bernal Díaz, en algunas crónicas de los misioneros; así como en las epístolas de Juan de la Cueva y Eugenio de Salazar; y en los *Diálogos* de Cervantes. Utilizando el molde clásico de la epístola, la estructura según los cánones en octavas reales propias del molde heroico. En la

primera de ellas está cifrado el contenido de las alabanzas -cada verso remite a un tema, es decir, habrá ocho partes, una por tema:

“De la famosa México el asiento  
origen y grandeza de edificios  
caballos, calles, trato, cumplimientos  
letras, virtudes, variedad de oficios  
regalos, ocasiones de contento  
primavera inmortal y sus indicios  
gobierno ilustre, religión y Estado,  
todo en este discurso está cifrado”.

Desde el humanismo de Cortés que se siente deslumbrado por la ciudad indígena, hasta la descripción laudatoria de los *Diálogos* cervantinos que recrean la ciudad mestiza, obra de hispanos y herencia indígena a la vez; para llegar cincuenta años después a esa *Grandeza mexicana* que sigue siendo una grandeza urbanística... Los tres autores son españoles afincados en América y para ellos las civilizaciones son reflejo fiel de sus creadores: la exaltación americana implica de rechazo la glorificación española. Del humanismo a la literatura, la labor española en América abarca fuentes muy diversas que acaban siendo convergentes, Tal vez por ello, simbólicamente el tema que acabo de tratar, la alabanza de la capital de la Nueva España, se cierra en el XVIII con la *Rusticatio mexicana*, del Padre Landívar, jesuita expulso. Un criollo rememorará nostálgicamente desde el exilio europeo lo que años atrás celebraron unos europeos deslumbrados por el Nuevo Mundo.



# 3

## **ORGANIZACION SOCIAL EN EL VIRREINATO DE NUEVA ESPAÑA: REPUBLICA DE ESPAÑOLES Y REPUBLICA DE INDIOS**

M<sup>a</sup> Magdalena Guerrero Cano





Licenciada en Historia General por la Universidad de Granada en 1976.

Doctorada en Historia de América por la Universidad de Granada en 1984.

Profesora Titular de Universidad.

Coordinadora del Area de Historia de América de la Universidad de Cádiz.

Investigadora en Archivos americanos y europeos.

Líneas de Investigación: Historia de las Antillas e Historia de Cádiz y su relación con América.

Publicaciones: Tres libros publicados en España sobre historia de Santo Domingo, y otro publicado en aquel país. Una veintena de artículos sobre historia de América en general, las Antillas y el Cádiz de la época colonial. Ponente en diversos Congresos en España y América.





# **ORGANIZACION SOCIAL EN EL VIRREINATO DE NUEVA ESPAÑA: REPUBLICA DE ESPAÑOLES Y REPUBLICA DE INDIOS**

Por M<sup>a</sup> Magdalena Guerrero Cano

*Desde hace unas dos décadas se viene escribiendo, lo que se ha dado en llamar "historia social" de los inicios de la América española. Desde entonces una corriente de historia hispanoamericana ha concentrado su estudio en los patrones informales de pensamiento y conducta. Con el tiempo, historias y situaciones individuales han proporcionado las fuentes básicas para adentrarnos en el tema "Sociedad". Es imposible encontrar un fenómeno histórico enteramente estático, no obstante algunos rasgos de la sociedad americana colonial apenas cambiaron en sus 300 años de historia.*

*Los patrones y estructuras provenían de dos grupos muy distintos entre sí, los españoles y los indios, por lo que su evolución fue dando cuerpo a dos subsociedades muy diferentes.*

*En un principio, las autoridades consideraron que blancos e indios debían vivir juntos, para que con su ejemplo, los primeros "civilizaran" y cristianizaran a los segundos. Pero desde mediados del siglo XVI, los abusos cometidos y la terrible realidad de la disminución de la población indígena, llevó a la corona a intentar separar a españoles e indios, asignando a los primeros el mundo urbano y a los segundos el rural, medios que les eran más habituales.*

## EL MUNDO ESPAÑOL.

El mundo español conocido como “república de españoles” fue una unidad en la práctica social, a pesar de su diversidad y fragmentación espacial. Incluso en la época de los conquistadores no englobó sólo a los españoles y otros europeos, sino a los indios - aristocracia indígena hasta el nivel de caciques y mestizos que eran hijos de matrimonios legales entre español e india, o que se legitimaron después de su nacimiento- y los negros. En el periodo tardío se llegó a un elevado mestizaje, pero siguió existiendo el grupo español con sus características: se hablaba bien el castellano, se vestía y comportaba al estilo europeo y se adoptó el modelo de costumbres españolas. Sobre todos dominaban los blancos: españoles o criollos. Este grupo tuvo un aumento vertiginoso, no sólo por inmigración, sino también por aumento vegetativo. En los últimos tiempos se autocalificaron con el término de “gente de razón”.

La sociedad española de América se define por ser eminentemente urbana. Las ciudades aparecieron en lugares de abundante demografía nativa y a partir de ellas se extiende la europeización económica y cultural como una mancha de aceite. A su vez el mundo indígena disminuye en tamaño con el declive de los aborígenes. Se produce un proceso de aculturación generalizada, con prestaciones del mundo urbano español sobre el rural indígena y viceversa.

Las ciudades españolas recién fundadas, estaban separadas por campiñas indígenas más o menos pobladas, que en ocasiones abastecían de productos y mano de obra. Estas nuevas ciudades se planearon y edificaron según directrices modernas, con calles alineadas que se cortaban en perpendicular, dando lugar en su centro a un espacio abierto o plaza, en la que estaban las oficinas públicas, el Ayuntamiento, la iglesia, etc. Cerca, en las calles inmediatas estaban las mejores casas -con jardín, patio, dependencias de servicios, etc.- ocupadas por los vecinos de más prestigio social. En la periferia vivían clases más humildes y en las afueras del ámbito urbano aparecieron los barrios pobres y “cercados de indios”. También había alamedas y paseos. Con el tiempo las distintas áreas fueron adquiriendo su función; el centro fue el lugar de paseo, comercio, manifestaciones militares y religiosas, etc. Los artesanos empezaron a vender los

productos que elaboraban en los portales de sus viviendas, dando lugar a las tiendas y cuando se agruparon por gremios, aparecieron las calles específicas de los oficios: panaderos, plateros, etc. Igual sucedió con las tabernas o “pulquerías” en Nueva España.

Fuera del perímetro urbano, pero inmediato a él, había un territorio de “bienes propios” en el que estaban las eras, matadero, dehesas para el ganado, bosques comunales para la leña, etc. y las tierras que ocupaban y cultivaban los indios dentro del sector de la ciudad, pero en su periferia, que debían ser respetadas por los colonos aunque no siempre se hizo así. Oficialmente la colonización nunca se tomó como un mero sistema de explotación económica. Las leyes respecto a los indios fueron imperativos étnicos que se trató de que se cumplieran.

Todas las tierras de fuera de la ciudad que quedaron vacantes y no estaban explotadas “baldíos” fueron otorgadas gratuitamente y dieron lugar a las primeras “estancias” o fincas rurales o ganaderas. Pero los “baldíos” pronto se agotaron y la demanda de tierras creció al mismo ritmo de crecimiento de las ciudades. Estas intentaron extender su jurisdicción territorial por varios medios:

- negociando con otras ciudades vecinas y menos prósperas.

- solicitándolo al Rey.

- y apropiándose ilegalmente de tierras de indios que, sólo en ocasiones, habían quedado despobladas.

Entre los españoles no existió rivalidad campo-ciudad, siendo el único contrapeso de las ciudades el campo ocupado por los indígenas. En la ciudad se ubicaban no sólo los centros administrativos, sino todos los demás de la vida cotidiana; incluso las propiedades agrarias tenían sus centros de decisión en las ciudades. Era el centro de la provincia, donde estaban representados y se dirimían los asuntos sociales, económicos e institucionales. Estaban gobernadas por cabildos elegidos por los vecinos y constituidos por consejeros, jueces de paz, inspectores de mercados, alguaciles, etc. También había empleados burocráticos. En un principio fueron muchos los vecinos que aspiraron a desempeñar cargos municipales, porque a través de ellos se podían conseguir beneficios y prebendas, para sí mismo o

para personas cercanas. Pero con el tiempo fueron escaseando los bienes a repartir y los cargos municipales menos productivos, con lo que los aspirantes fueron cada vez menos.

La vida en las ciudades indianas pretendió remedar la de las peninsulares en usanzas, costumbres, modas, incluso en hábitos culinarios; se comía pan, aceite de oliva, vino, etc. y las comidas se pretendió que fueran las españolas aunque con productos americanos.

### **La familia.**

La familia fue la forma social más representativa de los peninsulares que luego adoptaron los criollos. Se basaba en la institución matrimonial y tenía gran número de componentes: de sangre y de servicio. Era inclusiva, creando solidaridad entre los elementos dispares, aunque se conservaban distinciones.

Las familias dominantes ocupaban los escalones más altos de esta sociedad a los que era difícil acceder. Estas familias de gran avolengo formaron a través de matrimonios entre sí, grupos de parentesco muy cohesionados que solían estar aliados, en coexistencia o rivalidad con otros grupos de igual nivel, y controlaban todas las relaciones parafamiliares. Así daban los patrones sobre los que se regía esta sociedad, ya que eran grupos prominentes y ricos. Cada familia intentaba colocar a uno o varios de sus miembros en los más altos niveles de la jerarquía provincial y a su vez otros miembros se dedicaban a dirigir los grupos de empresas económicas integradas entre sí. También había parientes pobres que eran dependientes o semidependientes .

Los nuevos ricos pretendían enlazarse por matrimonios con las familias dominantes y viceversa. Todo contribuía a crear y estrechar los lazos en la zona de predominio. De esta forma, la jerarquía social era movable y contrastaba con el resto de la población.

El apellido y linaje adquirió una importancia decisiva. A pesar de conservarse el aspecto dual -padre y madre-, algunos apellidos se conservaron en sucesivas generaciones, aunque las propiedades se hubieran separado. Un matrimonio era una alianza entre dos linajes, y el hecho de que una parte estuviera representada por una mujer no

significaba la anulación de su linaje y su familia vigilaba el mantenimiento de su dote. La herencia se repartía en lotes iguales entre los herederos legítimos, ya fueran hombres o mujeres. Aunque no fue frecuente, existió el reconocimiento de la primogenitura y la fundación de algunos mayorazgos. En México había 50 en 1622. Mediante ellos, las personas adineradas perpetuaban la memoria de su linaje, vinculando todo o parte de sus bienes patrimoniales al hijo mayor varón. De todo ello, bien por herencia compartida, bien por mayorazgo, fueron herederos los criollos que con el tiempo adquirieron grandes propiedades y prestigio.

Normalmente los varones se ocupaban de los negocios comunes y a las mujeres, desde muy jóvenes, se les buscaba el mejor marido posible. Si había muchos hijos, algunos se destinaban al sacerdocio o ingresaban en algún convento, particularmente las mujeres.

Otro modo de mantener la coherencia era agrupar a toda la familia bajo el mismo techo y al amparo del varón más anciano o de mayor prestigio. Así se estrechaban los lazos y se coordinaban las actividades lo mejor posible, aunque se dieron enfrentamientos por herencias. El rasgo más característico de estas grandes familias fue el que existiese un grupo de empresas de propiedad particular o individual, pero funcionando al unísono y como unidad bajo las mismas directrices.

El sentido de la cohesión familia englobaba diferentes niveles y diferentes linajes. Sobre todo en las clases altas y medias, los hombres contraían matrimonio, solamente, cuando se cumplían sus exigencias. Hasta ese momento solían vivir en el hogar paterno, manteniendo relaciones con mujeres de posición más baja -sirvientas o esclavas- con quienes tenían hijos naturales. Cuando aparecía la mujer indicada se casaban y fundaban una familia que no se concebía sin estar fundamentada en el matrimonio eclesiástico, aunque se hubiera hecho por conveniencia. A partir de ese momento mantenían dos hogares: el legal y el secundario. Como resultado todas las familias tenían muchos parientes ilegítimos a los que el núcleo familiar no rechazaba, pero tampoco trataba como iguales. Además cuando la familia era extensa y pasaba un tiempo más o menos próspero, era lógico que unos parientes corrieran mejor fortuna que otros, marcando ello, también, diferencias y entrando en juego la subordinación.

## **La mujer.**

Su papel era similar al que desempeñaba en el Sur de Europa en su tiempo. Transcurridas las primeras épocas, la mujer emigró igual que el hombre, hasta llegar a equipararse. Es falso, como se ha dicho, que no ocupara su lugar en las jerarquías. Habiendo muchas viudas y solteras, no vieron menguado el papel a desempeñar en la sociedad, por el sólo hecho de pertenecer a su sexo. Si eran de clase superior, las viudas dirigían sus empresas y desempeñaban el papel de cabezas de familia, las solteras realizaban sus propias inversiones y las casadas podían controlar las propiedades o negocios del marido.

Como ya hemos dicho, las mujeres heredaban y podían mantener sus propiedades separadas. Su papel estuvo condicionado por su origen familiar.

## **La jerarquía social. Las clases altas.**

La sociedad en Indias apareció acéfala porque la nobleza legal no existía y su consolidación no se inició hasta principios del siglo XVII. La consecución de un título de nobleza se convirtió en la plena culminación de los sueños de un criollo. Este es el motivo por el que se produce una movilidad social vertical muy fuerte y se otorga a la riqueza un papel muy destacado como agente de estratificación social.

La idea de nobleza quedó completamente clara al tomar como modelo un peculiar estilo de vida y todo lo que ello implicaba. Aunque había muchas escalas y distinciones, los círculos más altos eran exclusivistas y estaban reservados a un corto número de familias establecidas desde antiguo. Se podía escalar hasta este nivel con una gran acumulación de riqueza u ocupando las posiciones oficiales más altas.

En la base del mundo de los españoles estaba la “gente baja” - taberneros, arrieros, marineros, etc.-. También hubo personas humildes que vivían respetadas -artesanos, capataces, etc.- pero que nunca reclamaron el rango de caballeros. Entre ellos, el que alcanzaba cierta prominencia o posición, se convertía a su manera en noble, y esto se reflejaba en su matrimonio, residencia, etc. Cuanto más prominente, más noble se era, y ésta fue la escala válida. La distinción

era el modo por el que se percibía la prominencia y daba a la persona una ventaja en la obtención de posiciones y acceso a conexiones. Una familia arraigada de mucho tiempo, tenía posibilidades de ser noble y le eran fáciles las conexiones en todos los escalones sociales. La nobleza se distinguía por la riqueza, pero ambas se atraían. La riqueza grande y duradera daba posición nobiliaria a sus poseedores y cualquier familia noble usaba cualquier medio que pudiera aumentar su riqueza, incluso desarrollaba actividades que en la península se considerarían degradantes, como era el comercio y la artesanía. En Nueva España la fabricación de “pulque” estuvo controlada por las clases más altas.

Unas de las características de la nobleza en Indias fue el que los primeros descubridores y conquistadores no tuvieron acceso a ella, a excepción de Cortés y Pizarro. Se reclamaron dignidades, escudos de armas y otras distinciones, procurando conservar la estirpe, aunque para acumular fortuna tuvieron que casarse o asociarse a otros de menor nivel que hubieran amasado riquezas.

El concepto de “plebeyo” es más difícil de precisar que el de noble. Las gentes se apropiaron de los ideales y costumbres de la nobleza en cuanto pudieron y sus carencias fueron las que acentuaron las características de plebeyo. Historiográficamente son más difíciles de abordar, pero tienen igual importancia que el pequeño grupo de familias establecidas en el amplio conjunto de los españoles. El papel que desempeñaron fue vital en la economía y en la evolución sociocultural. Fueron los peones de los grandes, aunque su escala fue muy amplia.

Bajo la cúpula social de la llamada nobleza y cercana a ella había unos grupos distinguidos, bien por el lugar que ocupaban en la administración como oficiales reales y el alto clero, bien por el poder económico alcanzado como hacendados, mineros y comerciantes. Los primeros se equiparaban con las clases más altas; los segundos ocupaban un lugar en la escala social en función de su riqueza.

El ser dueño de una propiedad no indicaba nada, porque propiedades había de muchos tamaños. Pero no se concebía que los miembros de la cúspide social no fueran dueños de una gran propiedad, aunque en ocasiones, conseguida de forma poco legal. Ser



dueño de tierra significa prestigio, influencia y relaciones con un grupo escogido de gentes, además de tener ganado y esclavos. A su vez el cultivo de la propiedad se completaba con otras empresas locales que produjeran ganancias fijas, ya que la tierra sólo producía aproximadamente un 6% de lo que suponía su inversión, contando con que no fuera año de malas cosechas.

Los mineros eran normalmente de origen humilde. Se hacían “buscones” y por fortuna encontraban una veta. Entonces denunciaban la mina y se quedaban la mejor parcela para trabajarla. En ese momento buscaban la asociación con un empresario, normalmente un hacendado, que financiara la empresa. Para 1530 aparecen las primeras compañías en Nueva España. Surgen de la asociación de un minero afortunado, aunque pobre, un socio industrial que aportaba la mano de obra y un encomendero que proporcionaba provisiones y transporte, merced al tributo en especie y al trabajo indígena propios de la encomienda de servicio.

Cuando los mineros habían conseguido alguna fortuna, solían abandonar la mina e invertir en tierras o hacerse comerciantes.

Al comerciante es al que más difícilmente se le puede otorgar una valoración social más o menos fija. Incluso si se asignaba a comerciantes a gran escala, con productos de gran valor traídos de lejos, habría que tener en cuenta si estaban asentados o eran recién llegados. Porque cuando el comercio era a larga distancia, en particular con Europa, el comerciante solía fijar su residencia y la de su familia en el Viejo Mundo, impidiendo la identificación con el lugar indiano, donde era considerado como un advenedizo. Sólo en ocasiones, en algún lugar de las Indias se daba la producción constante de riqueza como resultado del comercio, y entonces allí se asentaba y acababa invirtiendo en tierras o financiando a un minero, llegando incluso a convertirse en un verdadero banquero. Estos mercaderes tuvieron un papel muy relevante en la sociedad y se unieron en gremios como el Consulado de Mercaderes, fundado en Nueva España en 1592. Con ello consolidaban su respetabilidad social, en un principio dudosa por lo que podía suponer de raíces judaizantes o de pecadores de usura.

Estos grupos de hacendados, mineros y comerciantes -que estuvieron muy relacionados entre sí, de forma que no se concibe un

importante comerciante que al mismo tiempo no fuera dueño de tierra y por lo tanto hacendado- son los que dominaron los cabildos municipales, en persona o por medio de representantes.

Los profesionales como letrados, clérigos y médicos pudieron asimilarse a estas clases altas, porque gozaron de un doble aspecto a su favor:

- Las familias más grandes y nobles no vacilaban en mandar a sus hijos a ejercer en estos oficios y su ejercicio no imposibilitaba para ser propietarios.

- Los sectores médicos usaban estas profesiones como mecanismo de ascenso social.

Posición parecida era la de secretarios y notarios. Algunos fueron fundadores de grandes familias.

### **Las clases medias.**

El pequeño negociante local, conocido como “tratante” era de clase humilde. Posiblemente ubicado en el último escalón de la jerarquía española y quizás analfabeto. Comerciaaba con los bienes que circulaban dentro de la región, carecía de capital y no tenía acceso a las extensas redes comerciales de larga distancia. Si le venía una oportunidad en que se elevaba la demanda de productos locales, podía acceder a niveles sociales más altos.

Los artesanos de los que había gran variedad en las zonas más ricas, estaban integrados por gentes humildes. Los plateros, altamente especializados y con capital, podían actuar como banqueros. Los barberos-cirujanos y ocasionalmente el administrador de un próspero almacén, podían pertenecer a clases respetadas.

Sin embargo había oficios como el de carretero que era considerado totalmente plebeyo. También había pequeños artesanos con niveles muy bajos.

### **Las clases bajas.**

El escalón más bajo era el de los trabajadores permanentes de una finca, donde hacían cualquier trabajo; y los trabajadores temporeros ocupados en trabajos estacionales.

Estos eran la mayoría del conjunto y eran más indígenas que españoles, aunque asimilados al sistema europeo.

En conclusión tenemos que decir que había niveles en la escala social española y cada nivel implicaba una habilidad mayor que la inmediatamente inferior, a excepción de las actividades netamente indígenas, como era la fabricación de “pulque”. Se puede decir que los niveles más altos son más urbanos y étnicamente más españoles. Esta organización tiende a extenderse más allá de la propiedad, a organizaciones gubernamentales y eclesiásticas; y aunque no se puede hablar de relaciones de clientela, los elementos si estuvieron presentes.

También nos tenemos que referir a las personas de ascendencia africana que no habiendo tenido ninguna relación étnica con el mundo indígena y diferenciados de ellos, se comprendían dentro del sector hispano. Abundaron en la zona del Caribe y no fueron un sector separado, sino que estaban distribuidos entre familias hispánicas y sus propiedades. Aunque entre ellos se detectó un contenido cultural africano, no exhibieron patrones sociales distintos, sino que adoptaron los españoles marginales. Se convirtieron en un sector social cerrado porque se casaron entre ellos, sin que se diera la entrada de otros elementos raciales. Estaban excluidos de las aspiraciones superiores, incluso cuando eran libres. Ejercieron funciones de artesano o de supervisor de escaso nivel como sirvientes de confianza. En su nivel más bajo cultivaban los campos. También había negros libres.

Los indígenas integrados en el mundo español eran los que vivían y trabajaban en este medio. Tenían movilidad y se habían trasladado fuera de su contexto.

## **EL MUNDO INDIO.**

Los indígenas eran un universo más que un mundo. Sólo considerando un lugar en un tiempo, podría lograrse una descripción unificada y detallada.

Para la Nueva España del siglo XVI, tenemos que hablar de una sociedad sedentaria, cuyos modos de organización se habían

superpuesto con los de la sociedad hispana, dando lugar a unas peculiaridades: según el orden indígena, las zonas de hábitat disfrutaban de una unidad provincial más autónoma e independiente que su equivalente española, con una cabeza dinástica autorizada para exigir trabajo y tributo. La distinción entre noble y plebeyo también existía, incluso más arraigada que entre los españoles. Las clases bajas vivían de un oficio o del comercio, más que de la agricultura. También conocían un tipo peculiar de esclavitud o dependencia que estaba fuera del marco general de derechos y deberes públicos. Estos dependientes indígenas sólo tenían su lugar por debajo de los plebeyos comunes, pero también podían ser poderosos y estar bien recompensados. Solían proceder de zonas marginales sometidas y se les definía como “el resto de la gente común”.

En la provincia española existían ramificaciones que partían de un núcleo y se extendían hacia los márgenes. La provincia indígena estaba organizada de forma más celular, con subdivisiones territoriales y sociales. Cada subdivisión del mundo indígena era resistente y estable incluso ante presiones fuertes.

A nivel individual había muchas diferencias con los españoles. En la organización familiar, a pesar de existir similitudes, era habitual la presencia de rivalidades entre grupos familiares. Tampoco era igual la forma en que se transmitían las herencias, porque entre los indígenas se imponía la línea colateral o entre hermanos, mientras que entre los españoles se pasaban de padres a hijos. La poligamia era normal. Existían las “casas de los nobles” que eran subsociedades casi completas en ellas mismas. El orden cronológico era más sistemático que el español. La división sexual de funciones era tan clara como la española, no así las relaciones consanguíneas. Las funciones religiosas tampoco se correspondían.

Tras la llegada de los españoles a América y la toma de contacto con aquellas sociedades surgieron dos actitudes: la primera basada en razones éticas, y la segunda en razones económicas. La primera formada por misioneros que trataron de que se aplicara en la legislación la idea de dos repúblicas separadas, pero iguales, de españoles e indios, y trataron de llevarla a la práctica. En la segunda se imponía la idea de sacar el mayor fruto.

Por otra parte las actitudes del mundo indio también se dividen:

- una minoría se asimila.

- y una mayoría se margina y sigue viviendo según sus formas tradicionales.

Los primeros encomenderos respetaron las comunidades indias, confirmaron sus autoridades “caciques”, y perpetuaron su nobleza. A través de los caciques, los encomenderos ejercieron su autoridad indirecta sobre los indios: trataron de incrementar la cuantía del tributo percibido en especies y canalizaron el trabajo forzoso.

Tras la conquista, esta encomienda de servicio, se convierte en encomienda de tributo, siempre controlada por la Corona para que no se les exigiera más de lo que pagaban antes de la llegada de los europeos. Y así aparece el aparato administrativo que sustituye en parte a los encomenderos. A su frente están los “corregidores de indios”, asistidos por ayudantes, su fin era moderar que no se pagara más del 4% de la reproducción del indígena. Pero los abusos continuaban. Para atenderlos, se funda en Nueva España el Juzgado General de Indias que tiene como función el controlar arbitrariedades e impartir justicia.

Pero según la demanda de mano de obra iba siendo mayor; decrecía el número de indios, debido a las muertes por epidemias y la emigración a zonas marginales. Además no había producción agrícola. Ante ello, se arbitran 2 soluciones: 1) Agrupar a los indios en nuevos asentamientos, y 2) Iniciar una agricultura de tipo europeo a gran escala.

Las primeras iniciativas son de 1513, pero fraguan en Nueva España entre 1550 y 1565, por obra de las Ordenes Mendicantes. Primero aparecen las reducciones. Y el esfuerzo se completa entre 1590 y 1610 con las llamadas “congregaciones”.

Reducciones y congregaciones supusieron la fundación de “nuevos pueblos de indios” al estilo castellano con sus sistemas de gobierno bajo administración indígena y con un impuesto único “el tributo del indio”.

Cada reducción recibió alrededor del pueblo, unas tierras concedidas a perpetuidad, gratuitas e inalienables. Eran las “tierras de

resguardo” otorgadas a la comunidad, según tradición aborígen, pero nunca como propiedad privada. De estas tierras se dedicaban 1/3 a explotaciones agrícolas de subsistencia, 1/3 a pastos y 1/3 a cultivos comerciales. El producto de estas ventas ingresaba en el tesoro municipal o “caja de Censos” con objeto de pagar el tributo, comprar herramientas, ganado, etc. En estos poblados tenían prohibida la entrada los blancos y los mestizos, y los viajeros sólo podían permanecer durante dos días.

A pesar de algunos fracasos, los resultados fueron pronto evidentes: muchas comunidades echaron raíces, se familiarizaron con animales domésticos de carga y alimentación, emplearon semillas y técnicas agropecuarias, desarrollaron su versión del cabildo castellano y se integraron en el comercio a larga distancia.

Estos pueblos fueron crisoles en que se fundieron elementos culturales nativos y europeos. Y lo expresaron en el vestido, el folklore, la arquitectura, la música y otras expresiones de cultura, alcanzando el ocasiones alto valor estético.



# 4

## **LA AUDIENCIA DE NUEVA GALICIA**

Bibiano Torres Ramírez







Dr. en Historia de América, por la Universidad de Sevilla.

Investigador Científico del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Ex-Director de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, de Sevilla.

Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Publicaciones:

La Armada de Barlovento.

La Armada del Mar del Sur.

La Compañía Gaditana de Negros.

Los conquistadores andaluces.



## LA AUDIENCIA DE NUEVA GALICIA EN EL SIGLO XVI

Por Bibiano Torres Ramírez

*Queremos reflejar en la conferencia los acontecimientos más importantes vividos durante el siglo XVI en el territorio que se llamó Nueva Galicia, al cual llegan los españoles casi de inmediato a la conquista de México, como consecuencia de la expansión que se lleva a cabo por todo el territorio mexicano.*

*Iniciado su descubrimiento y conquista por el mismo Cortés y como resultado de las discordias que aún en vida del conquistador se suceden en la Nueva España entre distintos grupos de españoles, se consideró como solución la separación de aquellas nuevas tierras la creación de la Audiencia de la Nueva Galicia, en 1548.*

*Su primer presidente, Nuño de Guzmán, figura muy discutida, es el que lleva a cabo la expansión de aquel territorio, y bajo su gobierno se fundó primero, Compostela, la primera capital de la Audiencia, y posteriormente Guadalajara, a la que se trasladó la capital de aquel territorio.*

Tras la fase de la dinámica conquistadora se produjo el asentamiento de los nuevos pobladores en las pequeñas villas y ciudades que fueron surgiendo, las cuales se convierten en núcleos transformadores de la economía y del medio natural, así como de la actividad social y religiosa.

Estas pequeñas repúblicas de vecinos, cuya actividad se centra en el cabildo, se extenderá en un entramado de relaciones que, desde las ferias a las devociones religiosas, desde los problemas tributarios a los de defensa, dan una contextura de unidad regional a cada ámbito de provincia, que se configura jurídicamente en el marco de la gobernación establecido por la Corona, que se agrupan en las grandes unidades, que fueron los reinos indianos, el frente de los cuales estaban, con la representación del rey, las reales Audiencias, o en sus casos los virreyes.

Como es lógico, en cada ámbito, el inicio de esta fase tiene un punto de partida propio, porque tampoco las conquistas fueron simultáneas, como tampoco el establecimiento de las Audiencias lo fue. Pero, en líneas generales se puede decir que esta innovación, que ello supuso, es la que marca el tránsito de la época anterior a ésta de la vida municipal, en la que los cabildos son ya los protagonistas, con los que se establece el diálogo con las autoridades reales.

Cesa el poder del capitán conquistador, que se derivaba de su propia capitulación, para ser sustituido por el de los mandatarios, enviados por la Corona. Así pues, ya no será la hueste la actuante con su caudillo, sino los vecinos con las autoridades reales. Esto no quiere decir que cada reino quede en una situación estática, puesto que, con otro diapasón, crecerá y se ampliará territorialmente, muchas veces por efecto de necesidades defensivas. Pero ya la expansión es de otro orden y las más de las veces dirigida directamente por la autoridad de cada reino.

Esto es lo que pasa en los enormes territorios del norte de México, donde se instaló la Audiencia de Guadalajara o de la Nueva Galicia. Una vez que Cortés realiza la conquista de Tenochtitlán, y recibe los títulos de gobernador, capitán general y justicia mayor de la Nueva España, que les otorga el Emperador en octubre de 1522, se pone de nuevo en movimiento para consolidar su obra, mostrando en esa tarea el conquistador unas altas dotes de estadista, de civilizador, de constructor de una nueva patria. Por su iniciativa, Pedro de Alvarado marcha hacia el sur, llegando a Guatemala y a las tierras que hoy ocupan en el istmo El Salvador. Olid es enviado a Honduras, hacia donde el mismo Cortés se dirigió posteriormente, quizás en la campaña más impresionante de todas las realizadas por el

conquistador: otro, Francisco Cortés de Buenaventura subió hacia el NO., hacia las costas Nayarit y Jalisco, llegando hasta Acaponeta.

De todos es sabido, también, como la penosa expedición de Cortés a las Hibueras, que le ocupó largo tiempo, dio lugar a ciertos movimientos contra él en México, lo que ocasionó la llegada de un juez pesquisidor, Luis Ponce de León, enviado por la Corona, para tomarle el juicio de residencia. La pronta muerte de éste detuvo el juicio, más no las intrigas contra él, que tuvo que sufrir nuevos agravios e ingratitudes de algunos advenedizos, que sin méritos alguno, pretendían obtener grandes beneficios. Por disposición de Ponce de León el poder quedó en manos del tesorero Alonso de Estrada, quien abusando de su cargo prohibió a Cortés habitar en México, desterrándolo a Coyoacán, Texcoco y Tlaxcala.

Esto le obligó a regresar a España donde fue recibido por el Emperador en Monzón, el cual le otorgó el título de Marqués del Valle y el cargo de capitán general de la Nueva España. Un sólo cargo no recobró Cortés, el de gobernador. Parece que en el ánimo del Emperador y su Consejo habían dejado huellas las acusaciones contra él. Diéronse cuenta de que un hombre de su valor dotado de todos los poderes podía ser peligroso. Así, recompensándole sólo honorífica y económicamente, trataron de dejarlo satisfecho.

A su regreso prosigue su labor descubridora y reconstructora, defendiéndose de sus enemigos y de las autoridades designadas para gobernar, recelosas y desconfiadas, las cuales dirigían la fundada Audiencia de México, a cuya cabeza se hallaba Nuño de Guzmán, el personaje central de nuestra charla. Hasta ese momento había sido gobernador de Pánuco, en donde se había dedicado a hacer razias de indios para vender en las Antillas y en donde su falta de escrúpulos no tuvo límite. Su nombramiento como presidente de aquella Audiencia fue hecho, torpemente, pensándose en él como el hombre capaz de enfrentarse a Cortés y de dominarlo. Así lo creyó él, Guzmán, más no debía tener ninguna de las cualidades de Cortés y sí muchísimos más defectos. Nuño de Guzmán, con sus incondicionales, desorganizó toda forma de gobierno y fue una amenaza y obstáculo para la pronta consolidación de la paz y el progreso en la Nueva España. Estos hombres se cebaron contra Cortés, sus partidarios y los mismos indios. Despojaron a todo el

mundo de sus bienes, atentaron contra las autoridades eclesiásticas y fueron tales sus desmanes que el obispo, Fray Juan de Zumárraga, les excomulgó.

Los gobernantes de la segunda Audiencia mexicana, formada por un grupo de funcionarios de gran preparación y experiencia en el gobierno social y político, realizaron una extraordinaria labor estableciendo la primacía de la autoridad real y respetaron las atribuciones que Cortés tenía, pero haciéndoles ver que el gobierno residía en la Audiencia.

Algunos de los miembros de la primera Audiencia fueron juzgados y enviados a España y otros como Nuño de Guzmán se alejó de la justicia y con un gran ejército se dirigió hacia occidente, donde cometió crímenes sin fin, aun cuando realizó importantes descubrimientos y llevó a cabo la fundación de algunas poblaciones como Tepic, San Miguel, Compostela, Guadalajara, Villa del Espíritu Santo en Chiametla y Purificación, todo ello en términos de la Nueva Galicia, y que constituirán los núcleos urbanos más importantes de lo que será la Audiencia de la Nueva Galicia. Allí se mantuvo como gobernador hasta 1536 que fue obligado a comparecer en México donde fue hecho preso y enviado a España, donde muere en Valladolid en 1550.

Todo ello se consiguió como una característica del español, de ese siglo XVI, que puede decirse que era el desasosiego constante, la continua inquietud espiritual, la insaciedad con lo obtenido. Da la impresión de que el suelo llameaba bajo las plantas españolas, que algo les impulsaba a continuo caminar. Todo se creía posible: la Culúa Meshicana primero y después el Cuaco de los Incas prestaban alas y verosimilitud a la imaginación y la tornaba en fantasía. Nada se tenía por imposible.

El mismo estado espiritual revelan las expediciones de Nuño de Guzmán, basadas, según parece, en la pueril credulidad al dicho de un esclavo. En una información hecha en México en 1531, uno de los testigos de ella había dicho "que en todas estas tierras del norte, de costa a costa, había grandes poblaciones y la tierra fértil y abundante de mantenimientos, muy abundosas de maíz e algodón y la tierra con muchas ynsinias de minas y entre los indios se trata plata y otro, y que

aquella tierra no tenía cabo, porque este testigo en la entrada que hizo se quiso informar de indios antiguos y mercaderes que habían andado mucho y no supo sino que había adelante grandes maravillas de tierra e gentes de diversas naciones que sería muy largo de contar.

Son estas ideas las que hacen avanzar a estos hombres por aquellas tierras. Unas veces dirigidos por el mismo Nuño, y otras por sus acompañantes en continuas avanzadas por él organizadas, llegando en fechas muy tempranas a los territorios actuales de los estados de Sonora y Sinaloa, las tierras de los indios yaquis.

Cortés, al describir al Emperador esas tierras le dice que aquellas llanuras, que quiebran de vez en vez algunas eminencias, estaban habitadas por indios bravos e indómitos, a los cuales los propios mexicanos, en forma despectiva, llamaban “chichimecas”, esto es, perros sarnosos. Estos indios, llamados así genéricamente, eran en realidad grupos de lenguas y costumbres dispares, cazadores-recolectores y en un nivel muy bajo de civilización. Desnudos, se alimentaban de frutos silvestres, sabandijas, conejos y venados. Manejaban hábilmente arco y flecha y recorrían robando y matando las poblaciones asentadas. Pames, guachichiles, guamares, tecuexes, eran algunos de esos grupos, los cuales representaban un obstáculo a la penetración en esa amplia zona.

Una nueva observación quisiera hacer aquí, al hablar de estas expediciones. Maravilla leer las relaciones de los conquistadores por su percepción geográfica y el instinto de orientación de aquellos aventureros, instinto tanto más maravilloso, cuantos que esos hombres eran de poblaciones densas, de regiones concentradas, recorridas por senderos de todos conocidos. Y sin embargo, los españoles, que sólo habían caminado entre las modestas frogosidades pirenaicas y las aún más reducidas de Guadarrama o Despeñaperros, visibles siempre en cualquier punto de las domesticadas campiñas iberas, se hundían audazmente en sábanas de horizontes marinos, cruzaban las serranías ásperas y retorcidas, de cimas heladas, que separaban la stierras lujuriosas y tropicales de los áridos desiertos glaciales en las mesetas, y lo curioso es que siempre presentían a donde habrían de salir, y el presentimiento era correcto cuando la empresa se consumaba.



Un ejemplo de lo que acabamos de decir lo tenemos en la visión que del golfo de California nos da uno de sus conquistadores, Diego de Guzmán. Así ve el golfo desde las riberas del Yaqui: “Por orilla de este río viene una cordillera de sierra que nace de la principal y entra en la mar, a mi parecer más de veinte o treinta leguas y según después ha parecido, desde esta tierra se hace el ancón a parar a la punta de Xalisco, que son doscientas leguas o más, que es donde Ortún Jiménez, el capitán que se le alzó al Marqués, murió, a la cual tierra llamaban isla, porque como iba por aquel ancón adelante y entraba en la mar, parecióle que no podía ser tierra firme, hasta que después se fue a ella.”

A su vez, toda la costa del Pacífico fue punto de mira del constructor de la Audiencia de la Nueva Galicia. Su pugna con Cortés, y sabedor que éste continuaba sus descubrimientos por ella, le llevaron en varias ocasiones a recorrer a toda aquella zona y sus islas cercanas.

Para el sostenimiento del tráfico por el Pacífico era fundamental el conocimiento de toda aquella costa. El regreso de las Filipinas, siguiendo el descubrimiento hecho por Urdaneta había que hacerlo por aquellas latitudes y era necesario el establecimiento de puertos donde el famoso Galeón hiciese escalas después de la larga travesía de aquel océano.

Su otro punto de mira, y así seguía la expansión de aquellos territorios, era avanzar hacia el este, hacia la provincia de Pánuco, que había sido su primer gobierno, para tener así una salida natural al golfo de México y de esa forma independizarse del puerto de Veracruz, que era hasta ese momento el puerto natural de toda la Nueva España.

Mientras se llevan a cabo todas estas expediciones es nombrado el primer virrey de México, D. Antonio de Mendoza -1535- el cual debió de llevar consigo instrucciones concretas sobre el gobernador de aquellos territorios del norte, el Muy Magnífico Señor, como le llama a Nuño de Guzmán un historiador mexicano. Si no las llevaba, pronto se informó sobre él y era el chantre de aquella iglesia el que le dijo que tenía los mejores repartimientos de indios y los demás se los dio a cuatro o cinco amigos, que compraba y vendía

esclavos, que se servía de indios libres en las minas, que blasfemaba del rey, del Cardenal y de todo su Consejo. Todo este informe fue lo que hizo enviar a un juez para que le tomase residencia en la provincia de Galicia en la Nueva España. El elegido fue Diego Pérez de Torres, el cual lo juzgó severamente y condenado regresa a España.

Terminado este primer momento de vida de las tierras de la Nueva Galicia, caracterizado por Nuño de Guzmán, otros dos hombres canalizarán la historia de aquellas tierras: Vázquez de Coronado y Fray Marcos de Niza tendrán como objetivo llegar a las "Siete Ciudades de Cibola", de las que había contado maravillas al término de su periplo Alvar Núñez Cabeza de Vaca, el primer hombre que recorrió el límite norte de todo aquel territorio.

Las crónicas que describen aquel viaje son de las más impresionantes de todo el descubrimiento. A cada paso el fraile tenía nuevos rumores de la existencia de aquellas fabulosas Siete Ciudades. Oigamos algunos de sus pasajes: "vi un cuero tanto y medio mayor que de una vaca y me dijeron que es de un animal que tiene sólo un cuerno en la frente y que este cuerno es corvo hacia los pechos y que de allí sale una punta derecha, en la cual dice que tiene tanta fuerza que ninguna cosa, por recia que sea, deja de romper si topa con ella, y dicen que hay muchos animales de estos en aquellas tierras: la color del cuero es a manera de cabrón, y el pelo, tan largo como el dedo". Salvo en la posición de la cabeza y en el número y situación de los cuernos que el buen crédulo fraile no debió de entender, es fácil identificar al búfalo. Pero no sólo su credulidad es lo que nos llama la atención. Es increíble la fortaleza y la resistencia de aquel hombre, que recorre a pie centenares de kilómetros en aquella zona seca, bajo el sol abrasador de los ardientes veranos que la tuestan y no llega jamás a quejarse del espantoso calor. Caminaba de manantial en manantial, durmiendo en los sombrajos preparados de antemano "siempre -dice él- muy abastecido de comidas de venados, liebres y perdices del mismo color y sabor de las de España, aunque no tan grandes, pero poco menores."

Y así hasta llegar a Cibola, que en vez de ser una fabulosa ciudad, era un pequeño poblado de los indios Cuaquima. Parece ser que este lugar estaba situado en el centro del actual estado de

Colorado, lo que quiere decir que el fraile con su gente anduvo desde México 1.800 Kms.

Figura fantástica la de este fraile, calumniado por sus contemporáneos y por sus mismos compañeros de aventura, tenido como un visionario iluso o como un embustero máximo, cuando en realidad fue un hombre sincero, que en todo lo que vio dijo verdad, y a cuya ingenuidad hay que achacar las ardorosas fantasías que constantemente transponía más allá del horizonte que realmente enfocaba con sus ojos de niño.

La relación de Fray Marcos se amplificó y deformó al pasar de cerebro a cerebro y de fantasía a fantasía entre aquellos aventureros. Y el mismo virrey sintió interés de seguir los pasos de aquella aventura. Y junto a él existían en México muchos jóvenes ambiciosos, a quienes el virrey no habían podido emplear como corregidores a otros cargos, y quienes para mantener su status de hidalgo, después de haber gastado hasta su último maravedí en llegar a México, sin haber conseguido nada allí y tampoco habían logrado pasar al Perú, en alguna de las frecuentes expediciones de auxilio que se organizaban, vieron en esta empresa de las enormes tierras del norte el deseo que anhelaban conseguir cualquier riqueza.

Por todo ello el virrey no tuvo ningún problema para conseguir un número importante de soldados para formar una gran expedición, poniendo al frente de ella a Francisco Vázquez Coronado, a quien había dado la gobernación de la Nueva Galicia, sustituyendo a Diego Pérez de Torre, el que había juzgado a Nuño de Guzmán. El mismo virrey acompañó la expedición hasta Compostela de donde se inicia de nuevo la marcha hacia el norte en busca de las maravillosas ciudades de Quivira aunque lo que halló fueron pueblos míseros. Pero por segunda vez, en pocos años, los españoles se habían adentrado en el corazón de los actuales Estados Unidos de América.

Coincidiendo con la salida de Vázquez Coronado otro gran episodio se producirá en aquellas tierras del norte de México. Se trata de la gran revolución indígena, cuya causa según los españoles era que ciertos indios de las sierras y de Zactecas vinieron hacia los pueblos de la Nueva Galicia y les engañaron diciéndoles que habían resucitado sus abuelos y todos sus antepasados, y que habían de

matar a todos los cristianos que estaban en aquella provincia y muertos éstos pasarían a México y los habían de sojuzgar, y que no tenían necesidad se sembrar, porque el maíz y otras semillas se darían de suyo y les hicieron entender otras muchas hechicerías y liviandades, por lo cual los de los dichos pueblos se alteraron y levantaron y comenzaron a idolatrar y hacer ritos y idolatrías de infieles...

El origen de esta revolución indígena de 1540 sigue siendo hoy un misterio, pero no hay duda que su causa está en los desmanes que tanto Nuño de Guzmán como sus seguidores habían producido entre aquellos indios. Aún se hallaba el virrey en aquellas tierras cuando se produce el primer alzamiento, permaneciendo en la ciudad de Compostela y ordenando combatir a los indios, pero sin lograr la pacificación. De aquella región, cercana a la costa del Pacífico, la revuelta se extendió por todas las tierras de la Nueva Galicia. Compostela volvió a ser amenazada por los indios, y lo mismo ocurrió en Guadalajara, y en las provincias indias de Jalisco, Zacatecas y Nayarit. La situación llegó a ser grave, teniendo el teniente de gobernador, Cristóbal de Oñate, que había quedado al mando del territorio, de solicitar a Vázquez Coronado que regresase de su expedición y al virrey que le enviase refuerzos. Otra figura muy conocida de la historia de la conquista interviene en esta revuelta. Es Pedro de Alvarado, que acaba de capitular para descubrir en el Mar del Sur, y que saliendo de su gobernación, Guatemala, con una armada de 13 navíos y 650 soldados, había llegado al puerto de la Purificación en Jalisco.

Alvarado, siempre dispuesto a nuevas hazañas, marchó al interior de aquellas tierras con sus tropas, a las que colocó en sitios estratégicos, para que los rebeldes no llegasen a la costa, donde tenía su armada. El, ascendiendo en increíbles jornadas sobre Guadalajara, se aprestó, desoyendo los consejos de Oñate, que le pedía esperase pasasen las aguas, a atacar Noschistlán, convertido en fortaleza casi inexpugnables por los indios. Las tropas de Alvarado fracasaron en el ataque y al retirarse, combatidos sin tregua por los indios, fue arrastrado por el caballo. Me duele el alma, llevadme a que la cure con la penitencia, dicen las crónicas que fueron las únicas palabras que pronunció antes de morir.

Fue el mismo virrey el que tuvo que volver a las tierras de la Nueva Galicia para poner fin a aquella difícil situación. Las mismas crónicas nos hablan de lo dura que fue la represión ordenada por él. La guerra fue hecha con tal saña, aperramiento, ataques de artillería, degüello, cercenamiento que miembros, arrojando en las heridas plomo derretido, esclavizando a todo enemigo. De esta forma los indios no tuvieron más remedio que doblegarse volviendo Mendoza a la capital después de aquella sangrienta pacificación del noroeste mexicano en febrero de 1542.

Si esta zona occidental quedó sometida a la autoridad española de esta forma violenta, que recordaba a los años de la conquista, el centro y el este fue penetrado y poblado de forma diferente.

La llegada de nuevos españoles a México, todos en busca de fortuna, y la rápida prosperidad de los primeros pobladores, que se advertía en el aumento de sus rebaños, hicieron que unos buscaran en las minas, que se empezaron a localizar y trabajar, la base de su engrandecimiento, y que otros vieran en las extensas planicies, ricas en pastos, posibilidades de incrementar la ganadería y la agricultura. El descubrimiento de los ricos yacimientos de plata en Zacatecas, en 1546, fue la razón que promovió en esta zona, centros de México, la formación de una red de ciudades que cobrarían rápidamente una gran importancia. Esta entrada fue tan súbita e intensa que con toda razón se le ha llamado “la fiebre de la plata”, pues impulsó rumbo al norte a una población ávida de riqueza.

Para llegar a Zacatecas, metida en plena zona chichimeca, hubo necesidad de fundar, ya en época del segundo virrey, Velasco, unos presidios, que poco después se convirtieron en villas; así nacieron San Miguel el Grande, San Felipe y posteriormente Celaya, Zamora y León. En el camino aparecieron los minerales de Guanajuato, que originó el Real de Santa Fe y más tarde, ya a finales de siglo, San Luis de Potosí. En toda esa región irrumpieron agricultores y ganaderos, a quienes se les concedieron mercedes de tierras, lo cual posibilitó la creación de numerosas estancias, que pronto se convertirían en nuevas poblaciones y que fueron tanto trampolines para avanzar más hacia el norte, como centros de aprovisionamiento agrícola de los reales de minas, situados generalmente en cerros y quebradas secos y estériles.

Por estas causas se da en esta zona mexicana una característica muy peculiar. La mayoría de las ciudades -Guadalajara, Queretaro, Valladolid, San Miguel, Guanajuato, Celaya, Zamora, León, etc.- tiene de común el haber sido fundadas en unos asentamientos nuevos, sin tener un origen prehispánico, tener sus nombres una toponimia hispana, servir de crisol de los grupos raciales existentes en México en esa época: indios, blancos y negros; el ser lugares que sirvieron de bastiones en la guerra contra los indios, y dos siglos más tarde cumplir esa misma misión en la guerra de la independencia contra España. Y el servir todas de campo de experimentación de una nueva política de población y colonización.

Sin embargo, a lo largo del siglo, nuevos sucesos muy notables se producen en aquella zona. Los abusos de los mineros en contra de los indios chichimecas que en 1550 estallara la famosa guerra chichimeca, que dura hasta los últimos años del siglo.

Aunque no fue una revuelta generalizada, como la que acabamos de ver del año 1540, la acción de los grupos chichimecas en contra de los poblados recién fundados y de los ganaderos, agricultores, mineros, comerciantes y misioneros que se internaban rumbo a Zacatecas, fue continua y muy perjudicial para los intereses de aquel reino. Los indios guachichiles, zacatecos y guamares realizaban continuos ataques contra aquellos españoles. Desnudos, pero habilísimos en el combate con arco y flechas y macizas macanas, muy audaces, valientes y agresivos sorprendían a las caravanas y con gran crueldad y fiereza mutilaban, torturaban y daban muerte a los españoles e indios amigos. Sin localización fija, aparecían de repente, dando atroces gritos y aullidos y desaparecían una vez cometidas sus fechorías, entre las quebradas y riscos, sin dejar huellas.

Ante un enemigo que aparecía y desaparecía así, súbitamente, las autoridades españolas planearon no una contraofensiva drástica, como se había hecho en la anterior guerra, sino una guerra defensiva. Al principio se llevaron a cabo campañas ofensivas, que no tuvieron éxito y de inmediato se pasó a realizar un esfuerzo colonizador defensivo. Varias ciudades, como San Miguel, León, Aguascalientes y otras, se fundan obedeciendo a ese plan. Fueron ciudades situadas en la zona de la guerra para defender lo ya poblado y desde ahí avanzar hacia el norte. Por otra parte, en sitios más avanzados se estableció

una línea de presidios o puestos fortificados, con una guarnición que varió según la importancia, y en los cuales podían encontrar defensa y acomodo los viajeros. Más de cincuenta presidios se levantaron en lo que se llamó la ruta de la plata. Aún así la guerra no cesó y se esclavizaron a muchos indios, permitiéndose su captura y esclavitud. Muchos de esos indios chichimecas fueron utilizados en trabajos forzados, e incluso algunos fueron llevados a la zona del Caribe.

La guerra llegó a su apogeo entre los años 1580 y 1585, tanto por haber aumentado el número de ataques, como por haber formado los indios escuadrones de caballería para con mayor rapidez atacar los puestos españoles. Los indios de esa zona, tal como pasó en otros lugares de América, al apropiarse de caballos mestieños, adquirieron tan habilidad en su manejo, que superaron a los españoles y desarrollaron unas costumbres ecuestres muy vigorosas y temibles.

No obstante a lo largo de esos años nuevas expediciones recorren la región en dirección a Durango, Sinaloa, Sonora y Chihuahua. Aquel territorio alcanzó una gran importancia ganadera y minera, creándose en él el reino de la Nueva Vizcaya, aunque incluido en la Audiencia de la Nueva Galicia. Y su capital Durango se convirtió en la base de nuevas expediciones aún más nórdicas, que fundaron Santa Bárbara y el Parral, en el actual estado de Chihuahua, y que continuaron hasta el estado de Nuevo México. Y lo mismo ocurre con Zacatecas, de donde se inician las expediciones hacia el NE. hasta fundar el Nuevo Reino de León, cuya capital Monterrey, fundada en esos momentos, es la gran urbe hoy del norte de México.

Puede completarse esta síntesis que he pretendido hacer de esta región a lo largo del siglo XVI, que esta guerra a la que estamos aludiendo es la que sintetiza la formación de todo aquel territorio. Según pasaban los años, algunos de los jefes que la sostuvieron empezaron a emplear con los indios, no la rudeza ni el temor, sino el convencimiento y hasta la tregua comparada con dádivas. Los indios, por su parte, que apreciaban la ropa, los alimentos y los objetos de los españoles, deseaban asentarse y aprender a cultivar la tierra para vivir tranquilamente, por lo que iniciaron aceptar la paz y concertar alianzas. Uno de esos capitanes de guerra, un tal Miguel Caldera, mestizo chichimeca, nacido en la zona y quien habiéndose alistado en las milicias como soldado, destacó tanto, que pronto se le destinó una

compañía destinada a combatir los rebeldes. Con sus veinte soldados, dice el cronista, personas que saben muy bien la tierra y guarida de los indios, llevaron a cabo, sin descuidar su labor vigilante y defensiva, una obra tal de atracción con los indios, que, ampliada y apoyada por la autoridad, fue la que dio término a la pesadilla.

La base e inicio de ese plan consistió en realizar una amplia y efectiva obra colonizadora en aquel norte, llevando a la frontera, como apoyo principal a indios agricultores, acostumbrados a convivir en buena medida con los españoles, quienes, a más de labrar sus campos, enseñaron a aquellos nómadas recolectores sus métodos y prácticas agrícolas, enriqueciendo su economía y forma de vida.

Decenas de poblaciones del norte de México deben su existencia y desarrollo a esos labradores, que llevaron sus costumbres, su laboriosidad y su lealtad a la acción española a tan lejanas tierras. Fueron casi todos indios de Tlaxcala. Curiosa la suerte de este pueblo, que sirvió primero a Cortés, más tarde a Pedro de Alvarado en Guatemala y en el Perú, y a fines del XVI se esparció por las zonas más difíciles de la Nueva España, apoyando a la civilización hispánica. En medio de zonas desérticas, se alzan numerosas villas de españoles, y a su vera surge el pueblo o barrio tlazcalteca, lleno de huertas con frutos de la tierra y de Castilla: nogales, membrillos, duraznos, manzanas e higos y cultivos de las zonas mesoamericanas. El maguey productor del pulque fue asimismo con ellos, así como el trigo y la cebada.

Con esta base, que aseguraba lealtad, seguridad y aprovisionamiento, el plan consiguió logros importantes. El primero de ellos consistió en otorgar protección y defensa tanto a los indios que se daban de paz, como a los que llegan como colonos. Otro aspecto fue aprovisionar a los indios de alimentos, ropa, utensilios de labranza, semillas, tabaco y variados objetos de mayor o menor importancia, según fuesen los destinatarios, los cuales les impulsaban a abandonar su vida nómada, para tener comida asegurada y las satisfacciones elementales. Se levantaron viviendas para algunos jefes y para almacenes y se les atribuía animales.

Los regalos se hacían en medio de ceremonias especiales, en las que intervenían los misioneros, quienes servían de intermediarios



en la donación, con lo que adquirirían el respeto de los indígenas, muy apegados a sus ancestrales ritos y pocos dados a formas religiosas institucionalizadas.

Era evidente que los capitanes españoles y los jefes indios se entendían mejor su extracción, costumbres y vida mundana, que los religiosos, muchas veces demasiado rígidos con los indios reacios a abandonar sus costumbres. El tabaco, el alcohol, los naipes y las mismas mujeres, servían para entablar buenas relaciones, favorecían el mestizaje biológico y cultural y fueron creando una nueva sociedad. Muchas veces fueron los soldados veteranos que conocían oficios e industrias, quienes para mejor proveerse, cultivaban sus campos y enseñaban sus técnicas a los indios, utilizándolos como peones. A esos indios desnudos llevóseles el algodón y la lana, tejidos en telares europeos. Así surgió una industria textil que difundió y logró crear algunos centros de producción muy estimados por la calidad de sus trabajos. El arado de madera, y más tarde con su punta de hierro, poco a poco empezaría a roturar aquellas tierras norteñas.

Así es como fue surgiendo aquella nueva sociedad. La tierra se fue pacificando y en aquellas inmensas planicies seguían surgiendo nuevas ciudades, que atraían a más y más colonos, agricultores, mineros, ganaderos, comerciantes, hombres de guerra y religiosos, la mayor parte con la idea de llevar una vida mejor, y sólo unos cuantos con la idea de ayudar a los demás. Abierta al infinito o sosegada, era posible en esa tierra buscar buenos y extensos pastizales para la ganadería, campiñas propicias para la agricultura, y ricas vetas mineras que enriquecían súbitamente. Los campos no los limitaba sino el horizonte y los ganados podían pacer sin destruir los sembrados ni provocar protestas como en los valles centrales de México.

Grandes extensiones fueron tomadas primero sin limitación, y luego mercedadas a hombres decididos y arrojados, dando así lugar a inmensos latifundios, que representaron centro de producción económica, de influencia política y social y que dieron el tono a la sociedad colonial en esa zona. Sus propietarios formaron a su alrededor núcleos sociales ligados con vínculos casi señoriales. En torno del jefe de familia, sus parientes, paisanos, allegados y sirvientes representaban un todo. A más de propietario, el amo era el caudillo

militar, el hombre que impartía defensa y justicia y el auxiliar que el Estado tenía en esas lejanas regiones para hacer sentir su autoridad.

La presencia en esa zona de hombres ricos e influyentes que anhelaban incrementar su capital y adquirir poder político resultó útil al Estado, pues a través de ellos, que tenían medios suficientes, podía imponerse un cierto orden jurídico-militar. El Estado aceptaba capitular, es decir convenir con ellos los límites y forma de su acción descubridora y pacificadora, a cambio de la cual obtendrían ventajas políticas y económicas. Son muchos los ejemplos que podrían ponerse. Uno de ellos Diego de Ibarra, descubridor de las minas de Zacatecas, e interesado en nuevas exploraciones, encarga a un sobrino -Francisco de Ibarra- a los territorios que se llamaron la Nueva Vizcaya, donde llevó a cabo una labor tal, que se le concedió el título de aquella nueva gobernación con el derecho a reclutar un cuerpo militar -la hueste-, ejercer la justicia civil y criminal, nombrar funcionarios subalternos, distribuir la tierra, concediendo mercedes para funciones agrícolas o estancias ganaderas, y hasta se le otorgó el derecho de designar sucesos en vida.

La actividad exploradora de este Francisco de Ibarra la realizó a sus expensas y con el capital de su tío, y así pudo descubrir, poblar y avituallar varios reales de minas, pagar la tropa encargada de la pacificación en zonas de guerra y fundar Durango y Nombre de Dios, y distribuir entre sus poblaciones gran cantidad de vacas y animales domésticos, toda clase de provisiones, así como instrumentar para edificar sus casas, abrir canales para abastecer de agua a la ciudad y poder regar sus tierras y huertas. Según su propia confesión gastó en 20 años más de 200.000 pesos, que procedían de su tío el descubridor de Zacatecas. Es evidente que su obra perseguía una doble finalidad: acrecentar su capital, su riqueza y aumentar su poder. Estos hombres, que al descubrir ricas vetas formaban enormes fortunas, invertían éstas en estancias ganaderas inmensas, con miles de cabezas de ganado, y de esa suerte su capital estaba dividido y asegurado. Las exploraciones realizadas abríanle nuevas posibilidades de ampliar su riqueza, que se mostraba en la creación de nuevos centros mineros y en nuevas haciendas.

El ejemplo citado muestra como esos hombres estuvieran interesados en la pacificación de la tierra y en la consolidación de una

obra pobladora y colonizadora en la cual ellos eran el factotum y cómo su fortuna servía para apoyar la obra militar. Ellos hacían la guerra en sus propias zonas de influencia, pues necesitaban que la tierra estuviese quieta para impulsar sus propios negocios.

Lógicamente se aprecia en estos sistemas la presencia de sistemas capitalistas de producción y de interacción de recursos entre explotación minera y agrícola y aun comercial. Pero aún así los sistemas de trabajos que esos grandes señores emplearon eran señoriales. Faltos de grandes núcleos de población cuya fuerza de trabajo pudiera utilizarse, empleaban, tanto en las minas como en las estancias esclavos -muchos de los indios de guerra que capturaban- mulatos e indios libres traídos del sur y fijados en las haciendas por muchos años, entre otros las deudas, sistema que prosperaría poco a poco.

# 5

## **LA ARQUITECTURA DEL RENACIMIENTO Y SUS REPERCUSIONES EN EL VIRREINATO DE NUEVA ESPAÑA**

Manuel Moreno Puppo





Manuel Moreno Puppo, nacido en Coria del Rio (Sevilla).

Doctor en Historia del Arte por la Universidad de Sevilla.

Profesor Titular de Historia General del Arte en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cádiz.

Es autor entre publicaciones de:

-La orfebrería religiosa del siglo XVIII en la Diócesis de Cádiz. Cádiz, 1986.

-El colaboración con otros autores, La Provincia de Cádiz (cuatro vols.). El arte del Renacimiento en la Provincia de Cádiz. Sevilla, 1984.

-En colaboración con otros autores, Coria del Rio, aproximación a su geohistoria. Sevilla, 1987.

- "La crítica de arte en el Diario de Cádiz 1900-1950. GADES nº 3. Cádiz, 1979.

- "La obra del platero gaditano Vicente Faxardo". BOLETIN DEL MUSEO DE CADIZ, nº 3. Cádiz 1982.

- "La orfebrería plateresca de la Parroquia Mayor de Medina Sidonia. GADES nº 11. Cádiz, 1983.

- "La orfebrería hispanoamericana de la Diócesis de Cádiz". ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CADIZ nº 1. Cádiz, 1984.

- "Notas sobre un cáliz gótico de Tarifa. GADES nº 14. Cádiz 1986.

- "La Catedral de Cádiz". Guión para la serie de Canal Sur Televisión sobre las Catedrales Andaluzas. Sevilla, 1991.



# LA ARQUITECTURA ESPAÑOLA DE LA EPOCA DEL DESCUBRIMIENTO Y SU REPERCUSION EN EL VIRREINATO DE LA NUEVA ESPAÑA

Por Manuel Moreno Puppo

*En esta conferencia, ilustrada con diapositivas, tratamos de analizar las causas que favorecieron la penetración de las corrientes estéticas del Renacimiento en España y el reflejo que éstas tuvieron en las construcciones que se acometieron a raíz de la unificación política y territorial de España, con tres periodos estilísticos bien determinados que abarcaron cronológicamente todo el siglo XVI: un primer momento protorrenacentista, caracterizado fundamentalmente por la utilización del repertorio decorativo de raíz clásica aunque las estructuras seguían fieles a la tradición goticista; un segundo período de pleno renacimiento, caracterizado por un cambio radical en las composiciones espaciales y en las estructuras, que tuvo una corta duración; y un tercer momento, anunciador del Barroco que se caracteriza por la distorsión de los conceptos clasicistas tanto en las estructuras como en la decoración.*

*Este proceso evolutivo de la arquitectura cincocentista aparece claramente reflejado en las construcciones coetáneas que se hacen en el Virreinato de la Nueva España, desde las pequeñas y sencillas iglesias fortalezas de las evangelizadoras Ordenes religiosas, hasta las magnas construcciones de las grandes Catedrales, como son la de Mexico, proyectada por*



*Claudio de Arciniega en 1560, la de Puebla, realizada por Francisco Becerra en 1575; y las de Guadalajara y Mérida, claramente inspiradas en los modelos granadinos de la escuela de Diego de Siloe.*

La introducción de las formas renacentistas en España coincide con el momento en el que se inicia la unidad política y el prestigio del poder español se hace presente en toda Europa. Estos acontecimientos políticos corren paralelos a la llegada a manos de la corona y de la nobleza influyente de una abundante bibliografía, que ayudaron a la difusión en nuestro suelo de las corrientes estéticas del renacimiento, entre los que destacaríamos las ediciones sucesivas de 1472 a 1491 de “Mirabilia urbis Romae”, y la obra titulada “Roma Trionfante” del autor Flavio Biondo, cuya edición de 1510 ya se encontraba en nuestras bibliotecas; pero sin duda alguna la que mayor influencia tuvo fue “De architettura libri decem” de Vitrubio, de la que existieron sucesivas ediciones desde 1486 hasta 1524 y que influyeron en la obra del español Diego de Sagredo, titulada “Medidas del Romano” que ya se encontraba editada en 1519.

Tanto los decisivos acontecimientos de la toma de Granada, como el descubrimiento de América, ocurridos en 1492, son estrictamente coetáneos de la construcción del Colegio de Santa Cruz de Valladolid, donde ya aparecen motivos ornamentales procedentes del renacimiento italiano y que sin duda alguna venían representados en los grabados de los libros anteriormente mencionados. El auge extraordinario del último periodo del gótico, que por su riqueza decorativa se identifica con el poder de la monarquía, y que mantenía un fuerte componente flamenco borgoñón; la permanente tradición mudejárca, que consigue gracias a la utilización de los materiales tradicionales: ladrillo, yeso y madera, edificios ricos, baratos y cómodos; así como la inercia de los maestros arquitectos, alarifes y canteros, acostumbrados al trabajo de la piedra al modo gótico supusieron un importante freno a la plena aceptación de los sistemas renacentistas.

Por otra parte, como las relaciones con Italia se hacen cada vez más directas, gracias a la política de Fernando el Católico y del

Emperador Carlos se produce un trasiego de artistas italianos que llegan a España atraídos por su naciente poderío económico y de artistas españoles que marchan hacia Italia para adquirir una formación plenamente humanista; o incluso la importación de obras, generalmente escultóricas realizadas íntegramente en los talleres florentinos, genoveses o napolitanos.

La moda de lo italiano comienza pronto, pero se limita sólo a aspectos decorativos: grutescos, candelieris, trofeos, etc., que se van incorporando al gusto español con lentitud. El primer tercio del siglo XVI lo llena el estilo denominado Protorenacimiento, también denominado con el término acuñado en el siglo XVII por el sevillano Ortiz de Zúñiga, Plateresco, por compararse lo menudo y rico de sus labores decorativas con el trabajo de los plateros. Es muy frecuente en él la utilización de paramentos almohadillados, soportes abalaustrados, columnas con capiteles corintios o compuestos, de rica decoración, pilastras recubiertas de candelieris y arcos de medio punto, aunque también se sigan utilizando los tradicionales conopiales y carnapeneles. En las enjutas de las series de arcos y en la decoración de los frisos se emplean con frecuencia tondos con bustos clásicos o motivos fantásticos. Las cubiertas están formadas por bóvedas de crucería góticas, cuyas claves se decoran con florones, medallones con motivos heráldicos o rosetas clásicas; aunque también podemos ver, pero menos, bóvedas de cañón acasetonadas. Los edificios se rematan exteriormente con cresterías de reminiscencia gótica, pero realizadas con motivos plenamente renacentistas. En general, durante este período, las concepciones espaciales y las proporciones no son en modo alguno clásicas; algunos elementos como columnas y entablamentos son utilizados con muchísima libertad, a la manera de baquetones góticos, doblándolos, ciñéndolos a los arcos, y en general recubre por entero las superficies, provocando una sensación de espeso bordado, que guarda gran relación con las decoraciones lombardas y mudéjares. De hecho se produce en algunas escuelas una síntesis de lo mudéjar y lo renacentista con resultados muy particulares.

Los monumentos castellanos más antiguos de este periodo están vinculados al patronazgo de la nobleza, muy especialmente a la familia de los Mendoza, que tuvo una gran importancia en las áreas castellana y andaluza, desde los tiempos de Enrique IV hasta Carlos V, y cuyo primer miembro fue D. Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana (1398-1485) que pasó a la historia de la literatura española como consumado poeta, autor de Las Serranillas, y que fue el progenitor de siete hijos y tres hijas, cuya influencia fue enorme, entre los que destacaríamos al primer Duque del Infantado; el Gran Cardenal, consejero de los Reyes Católicos, que fue llamado “el tercer rey de España”; el primer virrey de Méjico; y D<sup>a</sup> Mencía. Con esta familia estuvo relacionado el arquitecto Lorenzo Vázquez que entre 1487 y 1491 proyecta el Colegio de Santa Cruz de Valladolid, y hacia 1500 realiza para D. Luis de la Cerda y Mendoza el Palacio de Cogolludo en Guadalajara, en los que utiliza elementos directamente italianos como el almohadillado en las fachadas y los finísimos grutescos en los frisos y las pilastras.

En relación con este estilo tan puro y precoz podríamos citar las obras del Castillo de La Calahorra en Granada y el de Velez Blanco en Almería, cuyo patio de mármol fue donado por Blumental al Metropolitan Museum de Nueva York en 1904.

Igualmente podríamos comparar estas obras con las que Jacopo Fiorentino, arquitecto y escultor italiano, realiza en Murcia y Granada. A él se debe el primer cuerpo de la torre de la Catedral de Murcia, en la que armoniza con gran delicadeza su decoración de grutescos.

En Toledo, gracias al mecenazgo de la familia de los Mendoza, se construye el Hospital de Santa Cruz, que presenta ya una fachada rica y sorprendente, tratada con extraordinaria libertad compositiva y empleando ya un repertorio decorativo típicamente renacentista. La planta trazada por el arquitecto de los Reyes Católicos Enrique Egas, todavía presenta una disposición gótica, pero el patio, obra de Alonso de Covarrubias es un magnífico ejemplo de plateresco, con escalera de paramento almohadillado y rica decoración.

En posteriores construcciones hospitalarias, patrocinadas ahora por la Corona, se adaptan los modelos compositivos italianos,

especialmente los que lleva a cabo en la Corte italiana de Ferrante de Valencia el arquitecto y urbanista Filarette, que se adaptan funcionalmente a los condicionamientos que imponía la medicina teúrgica que se utilizaba en aquel momento. La nueva planta de estos edificios se disponía en forma de cruz, en la que en los brazos de la misma se disponían las salas para los enfermos, y en el centro del crucero se disponía el altar, para que los mismos pudiesen asistir a los actos litúrgicos desde sus camas; en los espacios adyacentes se disponían patios que iluminaban y aireaban las estancias. Este fue el modelo que se implantó en todos los hospitales que se hicieron a partir de este momento, como ejemplos nos podían servir el Hospital Real de Granada y el Hospital de la Sangre de Sevilla, que tanto influiría en las construcciones de este tipo que se realizarían en América, y en concreto en el Virreinato de la Nueva España.

En Toledo también se desarrolló el peculiar estilo Cisneros, o renacimiento mudéjar, que decora los muros con yeserías de composición islámica pero con motivos renacentes y las cubiertas se resuelven con arcos de lacería. La figura más relevante de este estilo es, sin duda alguna, Pedro Gumiel, autor de la Sala Capitular de la Catedral de Toledo y del Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares.

Salamanca es por excelencia la ciudad del plateresco; allí encontramos las obras más características del estilo. Ayudada por la extraordinaria calidad de su piedra, fácil de trabajar y muy resistente luego, tiene una bella entonación dorada. La obra culminante fue la fachada de la Universidad, que marcó un hito más en la constante española de la portada retablo. Obra aún anónima, tiene sus precedentes en las portadas de San Gregorio y de San Pablo de Valladolid, pero en ésta se utiliza para la ornamentación una gama de motivos profanos que constituyen un denso vocabulario mitológico, histórico y moral, de fuerte contenido iconológico. Su composición conllevó un problema espacial ante la existencia de una plaza cerrada, que concentraba toda su perspectiva en el gran tapiz, de riquísima decoración, de la portada universitaria, que sin duda alguna evidencia el manejo de estampas italianas encontradas en la bibliografía del momento: La Biblia itálica, editada en 1493; De Divina Natura de Cicerón, editada en 1507; los grabados de Nicoletto de Módena,

editados en 1510; la *Comoediae* de Plauto, editada en 1511; así como la utilización de figuras que derivan del bestiario medieval.

En torno al taller de la Catedral Nueva y al Colegio dominico de San Esteban se forma una escuela de arquitectos y decoradores de singular importancia. La fachada de la Iglesia del mencionado colegio se realizó bajo el mecenazgo de Fray Juan Alvarez de Toledo, hijo de los Duques de Alba, y fue obra de Fray Martín de Santiago.

En Burgos, Francisco de Colonia realiza en la Catedral la Puerta de la Pellejería, de recargado estilo y total falta de proporciones, y que se encontraba a cierta altura del suelo de la catedral. Para salvar este desnivel se encargó a Diego de Siloe la Escalera Dorada, realizada en 1516, inspirada en los proyectos de Bramante para el Palacio del Belvedere en Roma, y que es anterior a la que realizó Miguel Angel para la Biblioteca Laurenciana de Florencia. Requerido para que realizara las tareas de enjundia en Andalucía, marcha en 1527 a Granada. En 1528 traba amistad con Pedro de Machuca, que superaba en percepción de lo clásico a los mismos italianos y que fue decisivo para la evolución de su estilo hacia fórmulas más clásicas, en las que observamos una tendencia a simplificar la excesiva carga decorativa y a atender progresivamente a los problemas propiamente arquitectónicos de las estructuras y las proporciones. A esto contribuye la publicación en 1526 de la obra de Diego de Sagredo titulada *Medidas del Romano*, que es el primer tratado renacentista escrito fuera de Italia, en el que insiste en la proporción y disposición de los elementos, más que en la decoración. A partir de esta fecha, las cubiertas cupulares, las bóvedas de cañón, vaídas u ovaladas, decoradas con simples casetones, van a sustituir en gran parte a las góticas de nervaduras. La decoración escultórica aumentará de volumen, concentrándose en unos pocos puntos y valorándose adecuadamente los espacios lisos. Se utilizará casi con exclusividad el arco de medio punto, aunque también observaremos gran número de arcos rebajados, que van a dar al aspecto general de los edificios una equilibrada y severa monumentalidad. Esto lo podemos ver claramente en la Catedral de Granada, obra de la que se encarga Diego de Siloe en 1528 y que había sido planteada en gótico por Enrique Egas, de forma similar a la Catedral de Toledo, pero que él se encarga de transformarla en el monumento más significativo de nuestro

renacimiento. El presbiterio se convierte en una rotunda cupuliforme, a la que se accede por un gran arco toral concebido como fachada triunfal. Los pilares de las naves con columnas adosadas sobre pedestales, llevan sobre el capitel un trozo de entablamento y encima un pilar menor que elevan considerablemente su altura y que acusan notables reminiscencias brunelleschianas. El éxito de esta disposición se acusa en los proyectos posteriores para la Catedral de Málaga y de Gaudix, pero sobre todo estas influencias las encontramos reflejadas al otro lado del Atlántico, como podemos observar en la Catedral de Guadalajara en el Virreinato de la Nueva España. Hemos reseñado junto a Siloe en Granada a Pedro de Machuca, muerto en 1550, que nos ha dejado en el Palacio de Carlos V en la Alhambra, un modelo de equilibradísima perfección, de clara inspiración bramantesca, con un patio circular sorprendente, de claros antecedentes mantegnescos.

En relación directa con Siloe está el arquitecto Andrés de Vandelvira, cuyo estilo anuncia ya un cierto manierismo, como evidencia la iglesia del Salvador de Ubeda, realizada sobre un proyecto de Siloe, donde introduce el uso sistemático de bóvedas vaídas, y la Catedral de Jaén, iniciada en 1540, de planta rectangular, como la de Sevilla, modelo que influiría sobremanera en las grandes construcciones catedralicias del México renacentista.

La conquista y colonización del Virreinato de la Nueva España abrió un campo enorme y sorprendente a la arquitectura de la Península. La difusión de la arquitectura española en estas tierras su arraigo e interpretación por la mano de obra indígena, supuso un fenómeno sin parangón en el mundo moderno. Las ciudades de nueva planta, y las levantadas sobre las indígenas adoptan generalmente la planta rectangular con las calles tiradas a cordel, y plazas rectangulares, a veces de considerables dimensiones, donde se intercalan los edificios oficiales y las iglesias.

La labor de las órdenes religiosas fue enorme y crean unas formas arquitectónicas propias: las iglesias fortificadas, construcciones absolutamente compactas al exterior y coronadas con almenas, que tienen como modelo a las iglesias mudéjares andaluzas de frontera; las capillas abiertas al exterior destinadas a las grandes masas de indios catecúmenos, que no podían pasar al interior de los templos; y, las capillas posas, templete situados en los atrios abiertos. Las

Ordenes religiosas sobre las que recae gran parte de la tarea evangelizadora, especialmente franciscanos, agustinos y dominicos realizan obras de gran magnitud y calidad. Ejemplos como el convento agustino de Acolman, fechado en 1560, verdadera iglesia fortaleza cuya portada concentra elementos decorativos que se relacionan directísimamente con las corrientes estéticas imperantes en la España posterior al descubrimiento y también con las numerosas ilustraciones aparecidas en la bibliografía específica del momento. Igualmente estos mismos esquemas y estas particularidades propias aparecen en el Monasterio de Huejotzingo, en el convento San Luis Obispo de Tlalmanalco, en el convento de Calpán, que constituye el modelo ideal de convento hispanoamericano del siglo XVI.

En la segunda mitad del siglo XVI se acomete la realización de las grandes catedrales del Virreinato de la Nueva España, y, como anteriormente hemos indicado, se prefiere, en líneas generales, la planta longitudinal con testero plano, que evoca directamente a las de Sevilla, Jaén, e incluso a la herreriana de Valladolid, aunque proyectadas muchas de ellas con anterioridad a la vallisoletana. Las más representativas son la de Ciudad de México, iniciada en 1563 bajo la dirección de Claudio de Arciniega, que encontró desde el primer momento graves problemas de subsuelo, con filtraciones propias de la primitiva ciudad lacustre. En 1667 se termina el interior, que remeda la tipología de la iglesia salón con arquetipo en la Catedral de Jaén (1540), aunque luego se elevaría la nave central.

En total la construcción del formidable edificio duró casi doscientos cincuenta años, demora que constituye una excepción en la historia de los templos iberoamericanos. El aspecto final de la catedral presenta tres naves longitudinales, dos naves de capillas de amplio fondo, nueve naves transversales, transepto. Salvo en la Sacristía y en el Presbiterio, presenta una enorme bóveda de cañón corrido y bóvedas vaídas. Es cierto que las condiciones del medio exigieron ciertas novedades en la construcción: cimentación extraordinaria impuesta por el subsuelo acuoso; la necesidad de dar luz a tan ancho edificio forzó a una solución que se repetiría en otros lugares de América: la nave central se eleva sobre las laterales y éstas sobre las capillas. La mayor parte de la fachada se trabajó en pleno siglo XVII, pero su barroquismo está atemperado por una evidente

imposición estilística de orden superior, que aumenta el contraste con la fachada de la Capilla del Sagrario. La cúpula fue rehecha por el máximo exponente del neoclasicismo novohispano Manuel Tolsá. Ambas circunstancias explican el aspecto externo con ejemplos que van desde el renacimiento tardío a la rigidez neoclásica.

Sea por inspiración o por coincidencia, la Catedral de Puebla representa aún más que la anterior el espíritu de Felipe II. Se inició su construcción en 1575, según planos de Arciniega, modificados por el extremeño Francisco de Becerra. La planta es muy parecida a la de México, difiere en la altura de las torres, que en ésta son mucho más elevadas y macizas, que adquieren un valor volumétrico equivalente al de la fachada y, sobre todo, por la uniformidad de su estilo, debido al menor tiempo transcurrido en su terminación y al respeto que sus continuadores tenían por los planos del maestro.

Francisco de Becerra había llegado a México con el séquito del Virrey Martín Enriquez Almansa; cuando éste fue trasladado a Lima en 1581, llevó al Perú a su arquitecto favorito, que trazó allí los planos de las dos catedrales más importantes de América del Sur: las de Lima y Cuzco, posteriores en varios años a las mexicanas.

Otra de las más importantes construcciones catedralicias del Virreinato de la Nueva España fue la de Mérida en el Yucatán, que presenta ya gran simplicidad de líneas y austeridad de traza. Dos torres pequeñas se incorporan a una enorme fachada lisa, con tres portadas a la moda plenamente manierista.

También merece mencionarse la catedral de Oaxaca, modificada varias veces después de su fundación en 1571, según planos del arquitecto Martín Casillas, constituye un ejemplo evidente del valor de las adaptaciones que imponía el medio americano. La necesidad de proteger la mole de los terremotos, le dio una presencia muy horizontal, apaisada, que fijan las dos pequeñas torres y los descomunales estribos que soportan los muros laterales. Su planta original es de cinco naves, la central de bóvedas vaídas, siguiendo muy de cerca los modelos andaluces de Siloe y Vandelvira.





## BIBLIOGRAFIA:

ALONSO CORTES, N. "Datos para la bibliografía artística de los siglos XVI y XVII".  
Boletín de la Real Academia de la Historia. Año 1922.

ANGULO IÑIGUEZ, D. La Mitología y el arte español del renacimiento. Madrid,  
1952.

BENEVOLO, L. Historia de la Arquitectura del Renacimiento. Madrid, 1973.

BONET CORREA, A. Historia de las artes aplicadas e industriales. Madrid, 1982.

CASTEDO, L. Historia del Arte Iberoamericano. 2 Vols. Madrid, 1988.

CHUECA GOITIA, F. Casas reales en monasterios y conventos españoles. Madrid,  
1990.

FORSSMAN, E. Dórico, jónico y corintio en la arquitectura del Renacimiento.  
Madrid, 1990.

GERARD, V. De castillo a palacio. El alcázar de Madrid en el siglo XVI. Madrid,  
1990.

GOMEZ MORENO, M. Las águilas del Renacimiento español. Madrid, 1990.

GUTIERREZ-CORTINES CORRAL, C. Arquitectura, economía e Iglesia en el siglo  
XVI. Madrid, 1990.

LLEO CAÑAL, V. Nueva Roma. Mitología y Humanismo en el Renacimiento  
sevillano. Sevilla, 1979.

MARCO DORTA, E. Arte en América y Filipinas. Madrid, 1973.

OROZCO, A. Manierismo y Barroco. Madrid, 1947.

SEBASTIAN LOPEZ, S. Arte y Humanismo. Madrid, 1978.

SEBASTIAN LOPEZ, S., MESA FIGUEROA, J. y GISBERT DE MESA, T. Arte  
Iberoamericano. Madrid, 1986.

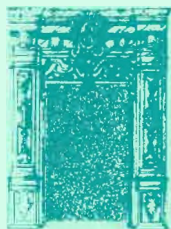
TAFURI, M. La arquitectura del Humanismo. Madrid, 1990.



# INDICE

	<u>Págs.</u>
<b>PRESENTACION .....</b>	<b>7</b>
<b>CAPITULO 1 .....</b>	<b>9</b>
FRAY JUNIPERO SERRA, APOSTOL DE CALIFORNIA (Pedro Borges Morán)	
<b>CAPITULO 2 .....</b>	<b>29</b>
HUMANISMO Y LITERATURA EN LA GESTACION DEL VIRREINATO DE NUEVA ESPAÑA (María Caballero Wangüement)	
<b>CAPITULO 3 .....</b>	<b>47</b>
ORGANIZACION SOCIAL EN EL VIRREINATO DE NUEVA ESPAÑA: REPUBLICA DE ESPAÑOLES Y REPUBLICA DE INDIOS (M <sup>a</sup> Magdalena Guerrero Cano)	
<b>CAPITULO 4 .....</b>	<b>65</b>
LA AUDIENCIA DE NUEVA GALICIA (Bibiano Torres Ramírez)	
<b>CAPITULO 5 .....</b>	<b>85</b>
LA ARQUITECTURA DEL RENACIMIENTO Y SUS REPERCUSIONES EN EL VIRREINATO DE NUEVA ESPAÑA (Manuel Moreno Puppo)	

Esta publicación ha sido patrocinada por:



SERVICIO-DE-PUBLICACIONES

UNIVERSIDAD-DE-CADIZ

1992



Fundación Provincial de Cultura  
**Diputación de Cádiz**